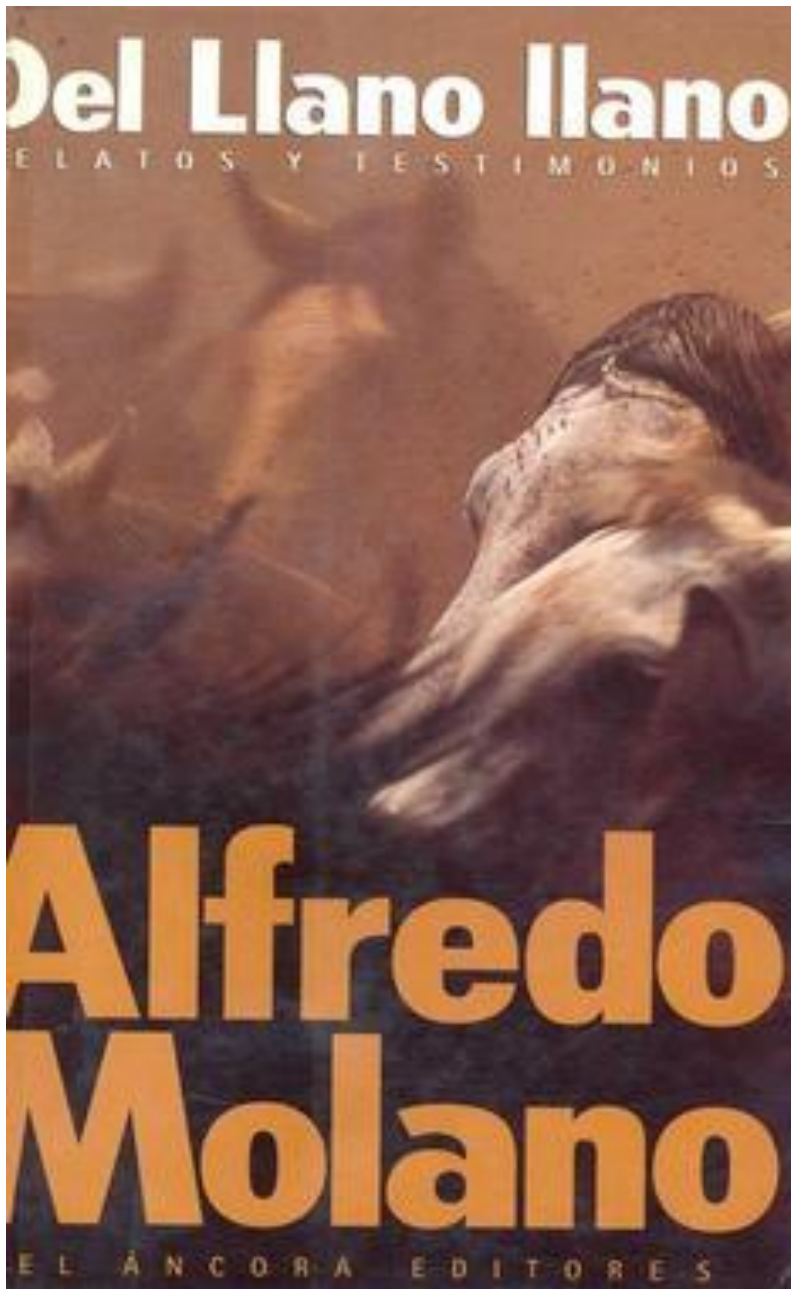


Del Llano llano: relatos y testimonios



Descripción: Libro en el que Alfredo Molano presenta relatos y testimonios sobre los llanos colombianos.

Autor: Molano, Alfredo

LA VIRGEN DE SIBILINA¹*

Aquel primero de febrero andaré siempre conmigo. Muy de madrugada salimos de Hato Perdido, llamado así porque quedaba más allá del centro del Llano, donde sólo llegaban -decía mi padre- los guerreantes fracasados. Él mismo había perdido la Guerra de los Mil Días al lado del general Arenas con tropas mandadas por el general Uribe. Yo nunca me había apartado del hato porque ahí nací y ahí me crié hasta la edad de siete años. Mi padre me llevaba a todas sus correrías. Me llamaba "su muchacho" porque me quería varón; por eso me enseñó el trabajo llano, y algunas veces -cuando hacía frío- me daba un sorbo de brandy que yo tomaba sin dejarme aguar los ojos. No tuve hermanos. Mi padre decía que el hato estaba maldito porque las mujeres daban hembras y las reses meros machos.

Yo había andado por los lados del Gravo Norte, hasta un hato llamado El Viso del Viento, y hasta el hato del Algarrobo, en las costas del Gravo Sur. Allá nos habíamos topado, llevando un ganado hasta el Paso Real, con Su Señoría, Monseñor Nicasio Valisa, Vicario Apostólico del Casanare. Yo le tenía miedo porque era muy mentado y por muy serio. "Tienes que decirle a tu padre -me dijo dándome una palmadita en el cachete- que el próximo año vas a comenzar a estudiar". Se me corrió el mundo de los pies porque sabía que eso quería decir irme de interna al Colegio de la Presentación en Támara. Mi mamá me lo había dicho. Ella había estudiado en ese colegio cuando monseñor era un mero párroco español recién ordenado que soplabá el sacabuches y que terminó fundando la banda de guerra del pueblo. Cuando lo volvieron obispo -contaba mi mamá- se decretó una semana de fiesta con corridas de toros, tedeums, primeras comuniones, matrimonios y peleas de gallos. Dizque el pueblo duró preparando el camino por donde iba a llegar ya de obispo más de un mes. Los hombres trabajaron a pico y pala; las mujeres hicieron arcos triunfales, y los niños regaron de musgo y flores la senda que Su Señoría debía a pisar con sus zapatos morados. Fue ron fiestas muy recordadas.

Mi padre no quería que yo estudiara. Pensaba que lo que yo necesitaba para vivir él lo sabía. En cambio mi mamá quería que yo creciera en el santo temor de Dios, y que aprendiera a leer y a sumar. Le decía a mi papá que yo no podía quedarme ignorante haciendo mandados y volviéndome hombrecito. Por eso a él no le gustaba llevarme los seis de enero a venerar la milagrosa imagen de los dolores de la Virgen de Manare; no porque a él no le gustara que yo conociera, o que yo rezara, sino porque no quería que me descubriera Su Señoría y me "echara entre sus alforjas para el internado", como lo sabía hacer con otros niños. Su Señoría salía con un propio y un peón de estribo a recorrer los hatos buscando ayudas para la construcción de los edificios sagrados: el palacio del vicario, la casa de la parroquia y el seminario menor. Decía que los fieles tenían que poner los sacrificios porque la Iglesia ponía los sacramentos. Los sacrificios se contaban en mautes puestos en El Algarrobo o Flor Amarillo, hatos del vicariato. Pero también en niños internos en el colegio de San Agustín, que fue después el Seminario Menor, o en niñas internas en el Colegio de la Presentación. Esos eran los sacrificios. En cuanto a los sacramentos: él por donde iba pasando los iba administrando sin pararse a preguntar si el paciente quería o no quería; iba repartiendo bendiciones, acristianando, casando rejuntados, y a los viejos que pasaban de cincuenta años les ponía los santos óleos "por si acaso no vuelvo por aquí antes". Su Señoría se acostumbró a andar con su mano derecha extendida para que todos le bésamos el anillo bendecido por el Papa. A veces parecía volando, otras veces parecía ciego. A las únicas festividades que iba era a las de la Virgen de Manare, porque las fiestas de Moreno, Pore y Trinidad las consideraba paganas. Aunque dejaba ir a la banda a que tocara días y días y cobrara por eso "estipendios", algo que nunca supe qué era. Las fiestas de la Virgen de Manare, patrona de Llano, eran muy concurridas. La gente llegaba de a pie o de a caballo, pero llegaba. Se acomodaba al lado de la imagen venerada y ahí mismo se cocinaba. Las mujeres rezaban mientras los hombres jugaban sus bestias al tute. Los niños nos llenábamos la tripa con los mangos que el verano comenzaba a madurar.

En una de sus romerías llegó Monseñor a las costas del Güira. Llevaba mucha hambre y estaba cansado y emparamado porque había llovido todo el día. En un fundo mandó preparar unos huevos, la única comida en que él confiaba. La señora, al reconocerlo, le dijo: "Si a Su Señoría le apetece yo le preparo un caldo con huevos, pero le valen diez pesos", que era mucha plata en esa época. Monseñor se sorprendió y le dijo a la doña: "que por aquí son muy escasos los huevos?", y ella respondió: "No, Monseñor, lo escaso por aquí son los obispos".

Salí, pues, aquel primero de febrero a caballo. Yo montaba un bayo recortado pero muy brioso, que sabía quererme por lo liviana. No se dejaba montar ni del caballicero sin corcovear y por eso lo llamaban Caracol. Yo iba triste, mirando pasar los recuerdos que el camino me iba quitando: la majada, los chinchorros guindados, los chaparros del encerrado, el sabor del tinto, la última caricia de mi mamá. Íbamos al paso de Miguelito, un buey que Joaquín, el coro tero, había capado y enseñado a ser manso. Joaquín le cambiaba de nombre muchas veces, según el genio en que anduviera. A veces lo llamaba Efraín, otras Pecho Amarillo, otras Venado Gordo, y cuando estaba muy verraco le decía Marujita. Era un buey muy lento y muy seguro que mi padre había escogido para que yo llegara al internado con mis almofreces de cuero. Mi mamá me había empacado los uniformes de diario -azules oscuros-, el de gala -negro de luto-, el de gimnasia -blanco-, los delantales de labor -azules claros- y el chingue -carmelito oscuro. Yo no quería sino el de gimnasia. Los demás los odiaba y lloraba cada vez que los veía. Mi padre me consolaba diciéndome que no me dejara ganar de la soberbia y que más bien pensara que para vacaciones iba a encontrar ya crecidas las terneras que me había regalado de Nochebuena.

Febrero es el mes más caliente del año. La sabana se cuarteaba del calor. Un calor que no se sabe si cae con el sol o sube del centro de la tierra. Es la época de las quemadas y del engorde de los carracos, unos gavilanes que se ponen en la raya de la candela a cazar los saltamontes que huyen del fuego. Es un buen tiempo para viajar, porque no hay que descabeciar los caños y el camino se acorta. Pero es un tiempo también en que la sed, una sed que vuelve loco, amansa al más guapo.

A pesar de que Miguelito hizo todo lo posible por ayudarme a no llegar, dos días después de haber salido de la fundación le fuimos viendo la cara al cerro. Yo había visto la cordillera desde lejos, pero nunca había imaginado que fuera tan alta, y como la veía azul, así mismo creía que era. Me dio más bien gusto verla verde y enmarañada. De la pata del cerro para arriba el viaje me pareció más rápido porque yo no quería llegar. En tres brincos estuvimos en el Tablón de Támara; en otros tres en la quebrada La Bayaqua, y en medio más en el propio Támara. Pero como veníamos calientes, no me di cuenta del frío sino hasta cuando mi padre, Caracol, Joaquín y Miguelito ya me habían dicho adiós.

Desde lejos miro esas horas que no se me han escapado, que se quedaron pegadas en los muros altos y en los corredores largos por donde esa tarde, ya entrada la noche, sólo corría el silencio. Como yo no conocía sino paredes en moriche, creí que el frío era criado por el cemento de los muros. La madre San Gregorio me cogió de la mano y me llevó al segundo piso, al dormitorio, un salón largo, muy largo, y siempre oscuro y húmedo. Al final, contra la pared, estaba mi cama. La madre me dijo: "Esta es su cama, arregle sus cosas y baje que ya están sirviendo la comida". Yo me quedé quieta, con las manos atrás. Mis cosas las había puesto Joaquín debajo de la cama, y como estaban arregladas, ¿para qué las iba a desarreglar? No tenía hambre sino miedo. Miedo y frío. Me acosté vestida y me metí debajo de las cobijas a llorar. No quería saber quién era ni dónde estaba. Hasta que sentí que una mano me cogía de una oreja y de un tirón me ponía en pie, y de otro me sentaba en la mesa del comedor. Me quedé frente al plato de sopa, sin probarla, hasta que la hermana Albertina vino por mí y me llevó de nuevo al dormitorio. No quise llorar para no tener que aceptar que estaba donde estaba. Amanecí orinada de pies a cabeza.

Tendí la cama, como lo hacían otras niñas, y no sacudí mucho las cobijas para que no se dieran cuenta de que me había hecho pipí. Mi vecina me dijo que me pusiera el chingue y me bañara con todas las demás. Yo conocía el agua fresca, pero no el agua fría. Acerqué la cabeza al chorro y

sentí como un martillazo, pero mi vecina me empujó y no tuve más remedio que mojarme todo el cuerpo. Me vestí temblando y bajé detrás de las demás al patio. Hicimos fila oliendo todas a jabón de Reurter y entramos a rezar en sonsonete lo que después supe que era el Credo. Luego volvimos al comedor: la sopa que había dejado sin probar estaba en el mismo sitio. La hermana Albertina me dijo: "Aquí se le quitan los resabios".

Infantil se llamaba el primer curso, y lo primero que nos hicieron hacer, durante toda la mañana, fue sentarnos y pararnos del pupitre al ritmo que la hermana Albertina marcaba con una varita de guayacán a la que con el tiempo le cogimos pavor. El salón era tan grande que hacía eco. Yo miraba por la ventana buscando algo mío, pero los golpecitos de la hermana y sobre todo sus ojos -pequeñitos y azules- me hacían volver al pupitre. Entonces miraba al suelo para poder llorar sin que me vieran. Las mañanas terminaban con el Angelus al medio día y una oración que, según nos contaron, había sido inventa por la madre Luisa de la Cruz, hermana de un presidente de la república llamado Carlos E. Restrepo. La oración decía:

Mi dulce amor y consuelo, mi Jesús sacramentado,
quien te amara tanto que de tu amor muriera.

Por la tarde volvimos al salón de clase y la hermana Albertina nos entregó a cada una un tazón de arroz mezclado con trigo para que, en silencio -gritó-, lo separáramos grano por grano.

Duramos toda la tarde en ese oficio, hasta que tocaron la campana para ir a la capilla a rezar el Santo Rosario. El frío volvía a meterse por todas partes; por debajo de la falda y por el cuello, por las mangas y por la cintura. No había manera de hacerle el quite. Después de comer y de volver a rezar el Yo Pecador, nos acostamos.

Esa segunda noche no pude dormir. El viento traía envuelto el frío desde los páramos y la oscuridad hacía más largo el silencio. Yo lloraba y me hacía pipí. Me daba miedo ir sola al baño pero me daba más miedo despertar a la hermana Albertina. Me consolaba un momento el calorcito de los orines empozados, pero al rato se volvían fríos y pegajosos. Afuera oía ladrar los perros. No encontraba acomodo en la cama porque siempre había dormido en chinchorro. Me sentía como tirada en la mesa de una fama, y durante mucho tiempo pensé que la cama me hacía amanecer planchada y lista para meterme en el uniforme. En el chinchorro, en cambio, me olvidaba de mí y me despertaba sin saber dónde andaba.

Un día entró la hermana Albertina y nos levantó a gritos: "Quien se está orinando en la cama? ¿Quién es el animalito que no puede aguantar o que no hace sus cosas antes de acostarse? ¿Quién? Levan ten los tendidos y déjenlos oler para saber quién es la estudiante que no sabe ir al baño?" Todas hicieron caso menos yo, razón por la cual la hermana se dio cuenta y se vino hacia mí como un tigre. Sólo alcancé a decir "Virgen de Manare, por los cuchillos que te clavaron en tus dolores, apiádate de mí", antes de que la hermana me alzara por el pelo y me estrellara contra la cama. Me tocó cargar las cobijas todo el día: mojadas eran más pesadas que yo.

La hermana me dio otro tendido mientras se oriaba el mío. Pero el problema seguía vivo: ¿cómo hacer pipí sin pasar frente a la puerta del cuarto de la hermana Albertina? Ella se despertaba con cualquier ruidito y por eso no había dejado ratón vivo en todo el internado. El primer remedio fue mojar una sola cobija y envolverla entre las otras, pero poco a poco el olor me sapió. Ensayé también saltar por la ventana que daba al patio, pero como los perros andaban sueltos después del Yo Pecador, me dio susto. No me quedaban sino las jardineras sembradas con siemprevivas. Duré orinándolas hasta que se marchitaron y la hermana se dio cuenta. Entonces me mandó a dormir en la enfermería, donde el miedo era todavía más grande porque estaba sola y porque la hermana Gregorio del Santo Ángel tenía una colección de animales metidos entre frascos: sapos, culebras, cuchas y hasta, se decía, los sesos de Pancraccio, un bobo que se había matado al caerse del

campanario. A mí me daba terror pensar que todas esas cosas blanditas salieran de sus frascos a andar por el cuarto.

Más tarde descubrí que mis miedos de noche eran parecidos a los que sentían de día la hermana Albertina y todas las monjas. Aunque Monseñor Valisa hacía tocar antes de la elevación el himno nacional para que Dios le ayudara al gobierno a luchar contra los comunistas que querían destruir la Iglesia y llevarse los niños para Rusia, el Tuerto Giraldo no dejaba de amagar con sus armas. Decían que andaba caminando en redondo del pueblo esperando una oportunidad para meterse. El Tuerto era el diablo mismo. Se había tomado a Nunchía y contaban que con la sangre de las monjas del colegio pintó de rojo la alcaldía. Corrían cuentos sobre el hombre. Todas las noches en Támara don Luis Altamirano organizaba a sus vaqueros con revólveres y machetes para que El Tuerto no pudiera colarse. Muchas veces la chusma llegaba al Cerro de Santa Bárbara, donde había una imagen de la Virgen, y desde allí toteaba unos tiros que sólo Dios sabía dónde paraban. Yo no entendía por qué El Tuerto quería hacernos daño, pero recuerdo que un día don Luis le dio zurriago a un liberal hasta casi matarlo delante de todo el mundo. Yo quedé soñándome con sus gritos mucho tiempo. Por eso no había liberales en Támara, y por eso El Tuerto nunca pudo entrar.

Un día se levantó la noticia de que los Bautistas, que eran otros chusmeros, llegaban a colaborarle a El Tuerto. Don Luis mandó una viejita medio loca que había, y que llamábamos Mardoquea, a decir por ahí a quien se encontrara que a Monseñor Valisa le habían llegado unas armas de España, que todos los hombres de Támara tenían una, y que estaban esperando a los liberales para hacer con ellos caldo de pichones. El caso fue que la chusma no se metió y todo el mundo creyó que había sido un milagro. Y no por el hecho de que El Tuerto no se hubiera metido, sino porque él, que era tan astuto, le creyera el cuento a Mardoquea. Monseñor Valisa organizó una misa campal en la Plaza de Bolívar para celebrar la derrota del comunismo. Fue la misa más grande y más larga en que yo haya estado. Comenzó a las nueve de la mañana y terminó a las dos de la tarde, cuando ya varias niñas habían ido a parar desmayadas a la enfermería. Festejaron mucho a don Luis.

Don Luis era un hombre muy entendido. Era el único que tenía radio. No lo mostraba pero dejaba oír música, sólo música. Cuando eran horas de noticiero bajaba volumen para que nadie oyera. Saber qué pasaba en el país lo hacía más respetable y dueño del buen consejo, decía la hermana Albertina, disculpándole la maña. Una maña que le vino a pasar cuando los Latriglias compraron otra radio. Ellos eran comerciantes de café, que llevaban en mula hasta el río Pauto, y de ahí por agua hasta Orocué, donde llegan barcos que venían del mar. El aparato llegó el mismo día que inauguraron la pista de aterrizaje de El Tablón de Támara. Muy orgullosos los Latriglias trajeron a lomo de cristiano una caja y sacaron de ella un armatoste lleno de botones y tubos, muchísimo más grande que el de don Luis. También lo pusieron en una ventana, para que todo el pueblo lo oyera. Don Luis resolvió apagar su radio y echarse a vivir a Trinidad, porque el frío, según dijo, le estaba carcomiendo los huesos.

Poco a poco me fui conformando con el colegio. Me hice amiga de mi vecina y así el miedo me fue dejando respirar. Le fui cogiendo gusto a la costura porque la hermana Vicentina nos leía, mientras cosíamos, la vida de los santos. Ella era linda como una Virgen de la Inmaculada. Yo le contaba mis penas y ella me consentía y me disculpaba. Nos enseñaba también manualidades. Aprendimos a asar pan, a hacer bizcochos de maíz, bocadillos de fibra, peralonsos de piña y ahogagatos, una polvorosa de harina muy fina. Haciendo oficio -decía ella-, se pasan las penas. El tiempo perdido los santos lo lloran, nos hacía repetir a cada rato. También aprendimos a hacer capellonas de lona para alpargatas, que fueron para mí un descubrimiento, porque yo nunca me había puesto nada en los pies. Como en el llano uno anda a caballo para todo lado y además no hay piedras, las cotizas sobran. No así en la cordillera, donde no se puede andar descalzo, y por eso les cogí cariño: yo no dejaba de pensar en volarme del colegio y volver a Hato Perdido. Pero el tiempo fue pasando y la rutina amarrándome.

Hasta que un día de mayo, el 13 para ser exactos -y quien me conoce no me deja mentir-, estaba mirando el llano desde la ventana del dormitorio. El aire estaba claro y se veía muy lejos. Me comenzó a entrar otra vez el jipeo y esas ganas de montar a caballo, de jinetear a Caracol, de perderme sabana adentro. Como saliendo de lo más profundo me vino la imagen de una virgen subida en el palo de las gallinas del corral de mi casa. Comencé a llorar y a reírme de la felicidad. Alguna se dio cuenta y fue a contarle a la madre Vicentina. Le dijo: "Mire, su reverencia, que a Sibilina le está pasando algo así como si se le hubieran metido los ángeles y el diablo al mismo tiempo". Era verdad. La madre llegó corriendo y preguntó qué me pasaba. Le dije que lo que sucedía era que la Virgen se me había aparecido en mi tierra, sobre un almendro grande donde duermen las gallinas. A ella también le entró un ataque de risa y llanto tan fuerte que parecía que todo se le zarandeaba por dentro. Lloraba y se reía, se reía y lloraba. Nos abrazamos, y así más se nos venía ese torrente de fuerza. Cuando nos calmamos me preguntó detalles y yo le alcancé a decir que la virgen que se había aparecido era igualita a ella.

La hermana Vicentina les contó a la madre Gregoria y a monseñor Valisa. Al principio no pararon bolas, pero poco a poco fueron notando que yo no dejaba un aire como de idiota que me seguía a todas partes y convinieron en preguntarme más por la aparición. Yo les contaba y cada vez aumentaba más el cuento. Más aún: había dejado de orinarme en la cama. La historia que le conté a la madre Vicentina con pelos y señales fue más completa que la que le conté a la madre Gregoria, pero más corta que la que las dos, cada una por su lado, le contaron a Su Señoría. Así que terminaron por aceptar que algo de cierto había en lo de la Virgen de Sibilina, como dieron al escondido en llamar el cuento. Yo gozaba pensando y recordando mi árbol de almendro con gallinas. Lo que más raro les parecía era lo de las ovejas, porque en el Llano no había de esos animales y yo los pintaba tal cual son. Entonces la hermana Albertina concluyó que se trataba de la Virgen de Fátima y que lo que yo decía era una aparición. Yo seguía haciéndome la santa. Mirando al suelo o al techo según me conviniera.

En una de sus salidas a Bogotá la madre Guadalupe se trajo unas imágenes en yeso de la Virgen de Fátima completa: con ovejas y pastorcitos. La compró con la plata que nos sacaba vendiéndonos "sorpresas", unos paqueticos envueltos en papeles de colores que tenían por dentro registros de santos, ganchos para el pelo y unos dulcecitos llamados Dax. Valdría todo dos centavos y ella nos cobraba veinte centavos. Tenía la idea de entronizar a la Virgen de Fátima en el almendrón donde yo había visto la aparición, y quería celebrar una gran misa oficiada por Monseñor a fin de año, cuando se retiraran las aguas. Para ir armando el programa mandó llamar a mi padre, que se vino al galope porque creyó que algo malo me había pasado. Llegó para un 24 de julio. Plenas aguas. Se tranquilizó cuando me vio sana. Su Señoría le explicó todo lo que había pasado y todo lo que la madre Gregoria se proponía hacer. A mi padre la cosa le pareció extraña porque nunca me había oído hablar de eso, pero les siguió el juego para no reventar la cuerda. Él era poco creyente. Después habló conmigo. Me miró bien a los ojos y encontró mi súplica. No comentó nada y aceptó llevarse las estatuas para ir haciendo un entarimado donde encaramar a la Virgen y poner a los pastores y a las ovejas. Pero le dijo a la madre Gregoria que lo mejor era que yo misma lo acompañara para poder colocar todas las estatuas tal y como se me habían aparecido. La madre lo consultó con Su Señoría, y después de muchas dudas aceptaron con la condición de que mi padre me volviera a mandar a Támara para el veranillo de San Juan. Mi padre no había traído bestias, pero como era hombre muy nombrado no le costó trabajo conseguir una para mí y otra para las imágenes.

Una mañana, que tampoco olvidaré, nos despedimos de Támara y nos soltamos cordillera abajo. Cuando llegamos al Llano y ya sintiéndonos lejos, mi padre me dijo que él pensaba que era mejor ir dejando las estatuas por el camino porque con tanta agua se estaban derritiendo y, estando los ríos tan crecidos como estaban, íbamos a llegar era con una sopa de santos. Yo me puse feliz, porque era como ir dejando tirado el cuento que me tocó contar para volver al Hato Perdido.

No puede dejar de llorar

Los que más sufrimos esa violencia fuimos los niños y los gallos.

Vivíamos en el monte porque los señores chulavitas arrasaban con lo que topaban: quemaban ranchos, mataban los animales que no podían llevar y asesinaban a quien no gritara "Viva el partido con servador". A los gallos tocaba amarrarles el pico para que no cantaran y a los niños taparles la jeta para que no lloraran. Aprendimos a comer crudo, porque candela no se podía hacer ni de día ni de noche, y vivíamos en cualquier hueco que se dejara abrir. Fue Una humillación muy grande. Ellos se unían como tropa para acabar con la comida que uno había sembrado, y hasta los viejos que habían estado en las guerras les tenían miedo.

En una ocasión fueron apareciendo en el patio de la casa los Chaparros, Chucho y Mauricio, hombres empecinados en hacer el mal. Pidieron guarapo porque venían secos de tanto gritar contra los liberales, que en esa época éramos la chusma. Mi papá, asustado, les brindó una totumada, y a mí me dio tanta soberbia ver al viejo tan poquito que lo empellé y le hice jondiar lejos la chicha. Los hombres abrieron tamaños ojos de odio y me cayeron encima a castigarme, pero como yo estaba pollona y ellos eran pesados, no lograron apañarme así bufaran: "Cójanme, viejos malvados, cójanme y mátenme si es que pueden: yo soy liberal hasta la tierra. Asesinos", y los provocaba desde lejos. Juraron venganza. Juraron amarrarme, bañarme con orines de mula y echarme fuate. Era el castigo que ellos sabían imponer.

Los chulavitas vestían de verde, como la tropa, y eran como ella malos y sanguinarios. Nada los detenía. En el 52 entraron a la vereda de Ochica, por allá por Río Chiquito, y pusieron bombas en los puentes y en los caminos. La gente que pasaba quedaba estallada y reventada por dentro: un cura que iba a levantar unos cadáveres quedó destripado también -a pesar de lo godó que era-. A los muertos tocaba enterrarlos en el piso porque en Labranzagrande se acabaron los ataúdes.

A don Patrocinio Gutiérrez, comerciante y hombre de renombre, le quitaron vivo las de abajo por que pagó el entierro de los muertos de Ochica. ¿Pero qué podía hacer él si el cura no quería enterrarlos de caridad? Y hasta a un perro que teníamos en la casa y que era mi compañero, me lo volvieron tres pedazos para que yo no olvidara el castigo que me tenían prometido.

A las mujeres nos cargaban la mano porque pensaban que les quedaba más fácil. El día del bautizo de Pablo, mi primer hijo, subíamos loma arriba cuando los vi desde abajo, me tercié el niño y salté para el monte ligero, borrando la huella. Ellos se quedaron pasmados al ver que no aparecíamos. Pero ese día me caí con la criatura y los huesitos de la mollera se le desportillaron. El hueco duró harto sin cerrarle.

Los hombres liberales no aparecían por el pueblo desde el día en que en plena plaza azotaron a Silverio y a Carlos Caro por chusmeros, y las mujeres no podíamos pasar por el camino de La Volcanera. Hasta que tuvimos que agruparnos para llegar a Labranzagrande y sobre todo para poder salir. Hicimos un grupo de veinte mujeres armadas con zurriagos, cuchillos y hasta escopetas de fisto para subir y bajar. Había mujeres muy valientes que lograron hacer escarmentar a los chulavitas. Por eso yo decía que, si nos daban el voto a nosotras las mujeres, el partido conservador no volvería a mandar nunca jamás.

Los liberales éramos mayoría, y la guerra del 50 la prendieron fue para descontar esa mayoría. En Labranzagrande el alcalde mandó empotrar una ametralladora en el propio atrio de la iglesia: un arma grande que daba miedo y respeto verla, y que no dejaba salir a los liberales a votar porque, decían los godos, con ella nos iban a dar maíz tostado.

Fueron días de miedo. Asaltaban las casas y hasta la ropa blanca de las mujeres se llevaban; la comida la consideraban un arma, y por eso la perseguían; hacían retenes para levantar a los liberales; los sapos abundaban porque el gobierno les daba agua para nadar y cantar. Sabíamos que las autoridades no hacían obras ni impartían justicia porque el personal del servicio de autoridad era conservador y contra él no cabía ninguna apelación, y sabíamos también que no había liberal que hablara por uno porque lo mataban.

Pablito quedó muy enfermo del golpe que me le hicieron dar los bandidos aquel día. Él siempre estuvo de malas en esta tierra. El mismo día del bautismo me presenté sola -porque yo era sola de mamá-, y le dije al cura que quería acristianar al niño. Él me preguntó: "Pero dígame, ¿usted es casa da?" Yo me emberraqué y le respondí: "Padre, yo no vine a confesarme: si usted no lo bautiza, allá usted; usted carga con el pecado original". Entonces se hizo el chiquito: "No, si no es para tanto, cuénteme más bien cómo hizo el niño, ¿con quién?", y se me fue acercando. Yo me embejuqué más y le dije: "Padre, tampoco vine a hacer porquerías; o usted bautiza a Pablito, o lo bautiza Monseñor en Sogamoso y de paso le cuento lo que usted cobra por los servicios de la iglesia".

Cuando llegó Rojas Pinilla ya hubo paz. Se acabó la política y pudimos volver a mirar de frente. Fue entonces cuando entré en amores con don Plinio. Él era un hombre ya jecho, que arriaba mulas desde niño entre Támara, Labranzagrande, Toquilla y Aquitania. Conocía como nadie la Peña del Gallo, un precipicio donde más de uno dejó los animales, la carga y la vida.

Estando yo en una parva, desunchando el trigo para aventarlo al aire, llegó él a cargar. Me miró trabajando y sin más se arrimó a donde yo estaba. No me preguntó ni el nombre. Entró directo a hacerme el alquilo y cuando yo lo sentí cerca y caliente... ¡salté! Pero caí en barro liso, y él quedó en mi canto. No luché más. Me cogió la mano, me besó la boca y el resto fue amor al destapao. Con eso tuvimos para quedar uno del otro sin poder siquiera medio apartarnos más. Hasta con los curas luchamos para no dejarnos abrir. Ellos querían matrimonio y nosotros decíamos que lo nuestro era cosa de nosotros. De aquel día quedó una niña que nació al año siguiente y murió la misma mañana que la bautizamos. La gente quería hacerle baile porque dizque mi niña se había vuelto ángel. Pero yo no quise. Yo sólo quería llorarla.

Digo que don Plinio salió lastimado por la muerte de la niña porque comenzó a mostrarse emperezado para andar y se dejó tentar por la cerveza. Me pro puso vender parte de la mulada, comprar un tajo de montaña, sacarle el robledal que tenía, y con eso fundar finca. El plan era redondo, pero a mí me pareció sospechoso que él quisiera dejar de arriar para hacer tierra. Dio por molestar mucho a Pablo -que no era hijo de él-, y por andar fiscalizándome.

Nos fuimos a vivir al corte de una madera que andaba sacando en el cerro Comejoque. Él había contratado dos aserradores para tumbar y sacar los *Itucos*. Los trabajaban con hacha y con un trocero grande en un entable alto para poder ponerse uno arriba y otro abajo y hacer rendir así el trabajo. Yo les llevaba el almuerzo y veía por su ropa, pero don Plinio se fue molestando cada vez con más frecuencia y su vigilancia me comenzó a hormigear tobillo arriba. El hombre dejó de sacar madera y en vez de traer remesa subía cajas de cerveza. Yo no podía estar tranquila y él tampoco. A mí así no me gustaba sentirlo, y como él se resintió por dentro, una tarde se amarró una juma de esas de hacer chillar a la más guapa y comenzó a joderme, a joder a Pablito y a joder a los aserradores. Virgen Santísima, ¡ese hombre se regaba en agravios contra todos! Hasta que uno de los aserradores le dijo: "Don Plinio, no la hiera más; y mejor si usted es tan capaz, mátelala de una vez". Él que oye eso, y me coge por oficio. Me agarró del pelo a darme puños en los ojos y en la boca. Cuando se cansó sacó la rula a darme plana hasta dejarme sin sentidos. Cómo sería la vaina que cuando salió don Plinio, los muchachos entraron a recogerme en un pañolón negro de nata. Me lleva ron a la cocina y ahí me escondieron debajo de la mesa.

A las doce de la noche llegó don Plinio a catararme con sus manos, pero yo estaba muerta. El hombre comenzó a desapasionar, a maldecir su suerte, a decir que se iba a condenar por haberme matado y a pedirle clemencia a la Virgen del Carmen. Yo medio lo oía pero no podía moverme. Sentía todo el cuerpo encancerado, rojo. Traté de decirle que estaba viva pero de puro milagro y que iba a ser difícil dejar las cosas como antes. Hasta que me descaré y entonces comenzó a llorar. Poco a poco me fui reponiendo. Por fuera porque lo que era por dentro yo estaba amoratada. Me trajo droga fina y me bañaba con agua de árnica. Yo estaba paralizada. Pero los remedios que don Plinio consiguió fueron muy especiales. Me puso una señora al lado para que me atendiera, y a pesar de eso duré más de quince días para poder quitarme esa como tristeza que me nacía en los adentros. Le escribí una carta a mi papá para que viniera a llevarnos a mí y a Pablito. Me volví desapasionada, desapasionada. Y él comenzó a celarme hasta con su propia alma. La cerveza se volvió su día y su noche.

Yo no me había sentido tan maltratada desde el nacimiento de Pablo. Él era hijo de uno de esos muchachos que cambiaban trabajo con mis hermanas, porque en esa época no había jornal. Todo trabajo era intercambiado: hoy me ayudas, mañana te ayudo. Era la ley. Yo quedé de una de ellos, que era como quedar de mis hermanos, pero no dije nada en la casa. Mi mamá medio llegó a notar como a los seis meses, pero mi papá sólo hasta los ocho, ya cuando casi nacía el niño. Yo sabía amarrarme la enagua para que no se notara, y así casi llegó al noveno mes. Cuando el viejo se pellizcó me preguntó de quién era, y yo le contesté que no sabía, que si acaso tenía que ser de alguien. Qué el niño era mío. Que era mío y que eso a él -lo dije para los dos- le debía bastar. Pero mi viejo era de costumbres antiguas y no tragaba cuentos de mujer por más lágrimas que soltara. Razón por la cual me dijo que agradeciera que estaba preñada pero que después hacíamos las cuentas. Y así fue. El día que nació mi hijo, una hora después de alumbrar el parto, a las cinco de la tarde, llegó mi papá con justicia -la vara con la que sabía castigarnos-, y me dijo ahí en la misma cama, delante de la partera: " Levantó la cobija y me dio cinco lapos que me quemaron el corazón. Prohibió que me dieran de comer hasta que mis calostros acabaran de salir, y se fue sin mirar al niño.

Pero volviendo a donde íbamos, la muenda que me dio don Plinio me hizo regresar a mi casa en Labranzagrande, donde me puse formal a manejar dos fincas que me tocaron por parte de mamá. La una quedaba hacia Badohondo y allí se daba la papa y el ganado; la otra estaba para tierra caliente, poco lejos del pueblo, en una vereda llamada La Uchuva, y ahí se daba la miel, la panela, el frijol. Yo me la pasaba de un lado para otro viendo por mi hijo Pablo, que seguía débil. Le daba coladas de plátano con avena y miel de abejas, pero ni por esas me cogía fuerza. Todos los años íbamos juntos al Santuario de Monguí a pagar penitencia y hacer ofrenda para que el Salvador -apiádate de mí- lo sacara adelante.

Ya estando yo grande, y hasta vieja, fui a llevar un viaje de alverja a Sogamoso. Quedé con unos señores Maldonado, padre e hijo, que tenían un Ford 300, de madrugar para regresar con luz. Pero ellos llegaron a cargar tarde y ya hasta nos habíamos tomado el segundo tinto. Yo malicié. Pero siendo que iba el viejo Maldonado, tan respetado, dejé la cosa así y me monté en la cabina en medio de los dos. Quedé como el Espíritu Santo: estrecha. A mitad de camino, el joven comenzó a hacerme arrimar para su lado. El viejo se corría también contra mí, como si estuvieran de acuerdo, y cuando ya el campo se nos acabó a todos, y el muchacho apagó la máquina, les grité: "Soy pobre pero voy con Dios. Ténganlo por seguro que los avergüenzo si me tocan. Si quieren atropellarme tendrán que matarme porque lo que es yo los aviento, los denuncio y los llevo a la cárcel. Así que ustedes escojan en sano juicio".

Se asustaron al ver que yo jadeaba de la rabia y me largaron. No volvimos a chistar palabra hasta cuando llegamos a Sogamoso, y entonces me fui a donde don Plinio y le conté. Me dijo que era culpa mía por haberme venido de noche. Pero de todas maneras fue donde ellos estaban descargando y le reclamó al viejo: "Eso no es de hombres, ni de varones, ni de amigos. Ustedes

son unas porquerías, unos sinvergüenzas". Con eso tuvo para lavarse las manos y montármela a mí hasta hacerme sentir pendeja, que es peor que hacerlo sentir a una mujer de zona.

Para no hablar tanto. Todo eso fue haciéndole camino a Víctor Bello, un talabartero callado que tenía su taller detrás de la iglesia. Era trabajador y nada pretencioso. Me gustó por lo seguro, y entre más bulla hacía don Plinio, más me gustaba el hombre. Dí en ayudarlo a pulir los fustes en madera para hacer galápagos. Él los enjalzaba con paciencia, moviendo las manos como si estuviera lejos de ellos, y hablando poco.

Para un 7 de enero salimos con Víctor a llevarle la ofrenda al Salvador de Monguí. Íbamos contentos. Pablito sobre todo, siempre alegre y brincón. Era la primera vez que salía de Labranzagrande y no conocía los carros. Llegando a Badohondo nos cogió la noche porque habíamos caminado muy despacio. Yo me fui adelante con los animales y el niño, y Víctor se quedó atrás porque venía más cargado. En Badohondo descargamos las bestias y nos sentamos a esperar el carro. El niño se quedó por ahí jugando con otros niños. Ya estaba oscuro cuando yo sentí que por allá lejos venía el camión. Entonces llamé a Pablito. El camión bajaba y el niño también. Vi cómo se iban a encontrar en un monte que hay sobre el río y el corazón me dio la corazonada. Pero ya era tarde. Pablito se quedó quieto sin saber qué hacer ni para dónde coger. El camión siguió por donde iba, echando calor y ruido. El chofer hizo sonar el pito de aire, que sonó como graznido de pava. Pablito creyó que era una vaca loca de Reyes, saltó por encima de la baranda y fue a caer al fondo del río. Yo lo vi y dije: "Santísima Virgen, Dios Todopoderoso, ayúdame en esta hora", y salí corriendo. Lo oí gritar "mamá, mamá, ayúdeme, socorro, ayúdeme". Alcancé a ver dónde se movían sus brazos y me tiré a salvarlo; incluso alcancé a cogerlo de la mano, pero la corriente me lo rapó y la oscuridad se lo tragó.

Madre mía Santísima, yo me volví otra. En tantico se esparció la gente a buscarlo río abajo. Duró toda la noche. Pero nada. Nada. En el agua no quedan rastros. Una comadre me dijo: "Cálmese que el río lo devuelve a los tres días. Esta noche no hay nada que hacer". Y así como ella dijo sucedió: al tercer día, el agua misma lo sacó a una playa. Lo enterré ahí mismo donde el agua me lo dejó.

Con Pablito enterré parte de mi vida y todo lo que me hablaba de él: las fincas, las bestias, las reses, y me vine a buscar el Llano. Me cansé de viajar por los mismos dolores: me aburrí de la cerveza de don Plinio y de los fustes de Víctor. Me despedí de todo. Pero me vine sin saber que uno carga la cruz para donde vaya. Desde que cogí el camino al Llano comencé a llorar. Lloraba loma abajo y loma arriba, subiendo y bajando esos atascales, y mientras más caminaba más arreciaba el agua porque en julio el invierno no perdona. Todo era un mar de agua agitada que no dejaba dónde dormir ni dónde descansar, y a uno con penas y con ansiedad cada loma le parece la última y mentiras, no hay tal: el Llano es esquivo por lo extenso. Hasta que de golpe se abrió un hueco en la niebla y por ahí miré esas inmensidades sin horizonte. Sentí tanta alegría -una emoción tan extensa- que no pude dejar de llorar.

Mi padre levantó una fundación en colindancias de Moreno -como se llamaba antes Paz de Ariporo- con Pore. Alcancó a tener unas quinientas reses. Allá las cosas no sucedían: los días se iban parejos, unos detrás de otros, sin que nada nuevo pasara. Los veranos llegaban en su momento y se iban ahuyentados por las aguas de abril. Los niños fuimos creciendo a la sombra que los viejos nos hacían sin mezquinamos nada. Se trabajaba sólo para la ropa y la sal, porque comida había a las anchas. En el encerrado había topochera, yuquera y hasta un trapiche que nos atendía de dulce. Cuando la cosecha de ganado salía, mi padre y los vaqueros la llevaban hasta Nunchía, donde la vendían a los guates que de Sogamoso bajaban a negociarla, parte en plata y parte en mercancías.

Había mucho animal. A mí me tocaron las caimanadas. Como mujer no me llevaban, pero a una le correspondía oír a los hombres contar sus cuentos. Ellos trabajaban con compañías de afuera por

todos estos ríos y caños; por el Pauto y el Tocaría, por el Casanare y el Meta. Había un animalero que no dejaba pasar. Eran bestias capaces de engullirse a un cristiano entero y de quedar con ganas, y así fue como uno de esos bichos se llevó a mi prima Aurora. Cuentan que mi tía vio bajar, metida entre el agua, una medio sombra a la que no le paró bolas, mientras que mi prima, confiada en su mamá, jugaba en una playita cercana. Juegue que juegue, hasta cuando mi tía oyó fue el mero chapaleo del coletazo. El caimán es una fiera muy fina. Bota la cola para un lado y la descarga tan fuerte contra su presa que ésta queda atontada, medio muerta y al borde de la jeta del animal. Uno cree que del caimán los colmillos son los peligrosos. No, es la cola. Pasa como con en el tigre: que la gente le tiene miedo a las garras cuando lo peligroso es el puño. El tigre le rompe la testuz a una res con el puño.

Por esas sabanas había mucho tigre rondando el ganado, y por eso tuvimos que bregar a acabarlo. Es animal de mucha astucia que puede terminar con las ganancias del año en una noche. Cuando se ceba en una madrina no vuelve a comer sino hígados y riñones de maute; el resto de la carne la desperdicia, la deja botada, como insultándolo a uno. Eso mismo hace con la danta. Por aquí había dantas grandes en las costas de los ríos; animalotes que pesaban las diez arrobas. Por eso no faltó nunca la carne. Faltaba era quién se la comiera, porque con un animal de esos se alimentaban vanas familias. Había también cachicamo para donde uno fuera y venao que era un gusto. Se podía escoger entre los más gordos: los mejor cebados. No había afanes para conseguir la comida. Las tierras sobraban. El que quisiera venir a fundarse en un centro de sabana sólo tenía que traer su ganado y decirles a los vecinos que con su permiso. Y si permiso daban, no había más que hablar. La palabra era documento.

Mi padre me enseñó a cazar chigüiros, un bicho muy práctico que los llaneros criollos de Colombia poco comen pero que es carne muy apetecida en Venezuela. En los bajos se pueden contar hasta ochocientos en un sólo puñado. Los llaneros consideran al chigüiro un animal aparte. Dicen que el animalito no se le viene a uno de frente sino de lado, y que para poder cazarlo el chiste consiste en saltar para donde él va a coger, obligándolo a cambiar de dirección. Entonces sí: ahí uno puede golpearlo con un palo o con un machete y dejarlo temblando hasta que se muera. Los venecos lo compraban por toneladas para la Semana Santa porque, dicen, la carne de chigüiro no produce pecado al comerla.

Un día, ya de tardecita llegó la noticia de la muerte de Gaitán. Aunque en el Llano no lo conocíamos, era persona muy querida por los llaneros. Nunca bajó en vida a estas tierras; bajó ya finado -y sólo de nombre- a encender la revuelta. Recuerdo que mi padre me despertó de afán una mañana: "Levántese, hija, que lo que estamos es de huida". Y salimos huyendo. Los chulavitas venían quemando ranchos, robando ganado y matando gente. Caminamos toda la noche hasta que nos alcanzó el día y nos cogió el calor atravesando la sabana. A la noche siguiente nos guarecimos en una mata de monte y al otro día tocó una travesía igual. Al siguiente otra y así, hasta llegar al centro del llano. Allá encontramos muchas familias que como nosotros andaban huyendo. Los hombres se devolvían a pelear y quedábamos sólo las mujeres y los niños en esas soledades. Vivimos mucho tiempo con lo que llevábamos puesto. Mi padre no quiso dejarme porque aunque yo era entendida, él me había cogido mucho cariño y siempre me trató como al recuerdo de su mujer, que fue mi madre, a quien nunca conocí.

El centro del llano se incendió cuando Guadalupe se tomó Rondón y fusiló al teniente Vigoth y a seis compañeros más. Guadalupe había comenzado su pelea mucho antes de que Gaitán fuera finado. Él era buen jinete y mejor cachilapero. Conocía los caminos que iban de Tame, la tierra de su padre, a San Pedro de Arimena, la tierra de su madre. Del Arauca llevaba caballos, unos propios y otros ajenos, a cambiar por ganado a las sabanas del Meta. Jineteando andaba cuando la policía le echó mano y a la cárcel de Villavicencio fue a templar. Y cuando Cheito Velázquez le notificó al gobierno su rebelión en Puerto López y el capitán Alfredo Silva se tomó a Villavicencio, Guadalupe volvió a la libertad. En Cabuyaro mató siete policías y se apoderó de los primeros fusiles, con los que se tomó el puesto militar de El Algarrobo. Era un hombre muy estratégico. En

esa vez mandó a un muchacho joven a hacerse el bobo, lo montó en un caballo y lo amó para el puesto del ejército. Allá lo recibió el cabo y le preguntó -como siempre preguntan- si había visto gente armada por ahí. El bobo le dio a entender que sí y le señaló el sitio donde estaban los hombres armados. El cabo se fue con ocho agentes a caerles, pero Guadalupe la tenía montada y se llevó las armas y los uniformes. Conocía, por ser vaquero, los hombres.

De El Algarrobo salió para Maní. En un puesto llamado El Limbo consiguió otros veinte fusiles y ya bien apertrechado y con mando se metió a Puerto Rondón. Les quitó las cintas rojas que distinguían sus fusiles como armas liberales, y se disfrazó de verde olivo como el ejército. Vigoth estaba esperando un reemplazo para esos días y claro, cuando vio que la tropa se acercaba al puesto, se puso alegre porque pensó que llegaban los reemplazantes. Se dio cuenta del engaño cuando Guadalupe lo saludó con su propia firma. Vigoth no le pidió clemencia y ahí mismo aceptó ser fusilado con sus soldados.

Fue entonces cuando la candela se regó y nosotros paramos en Cararabo, en las costas venezolanas del río Meta. Fundamos ese punto como refugio y trabajador. Era un pueblo completo con calles, escuelas, hospital e iglesia. Todo construido en palma y todo construido por colombianos. El gobierno de Venezuela nos mandaba granos y leche en polvo, y nos permitía el refugio. De tarde en tarde llegaban y salían comandantes de guerrilla a operar contra los conservadores, contra el ejército y contra la policía. Allí cumplió Berenice diez años y allí nació Celso.

La violencia fue mermando pero nunca se acabó del todo. Había días que amanecían en paz y otros en que la sangre volvía a correr. Hasta que una tarde el general Rojas Pinilla dijo que podíamos volver. Y volvimos. Del ganado que habíamos dejado nada quedaba, porque el ejército se lo había comido durante la guerra. Mi padre consiguió unas novillas al aumento y poco a poco nos hicimos a una madrina regularona que echó a andar sola hasta que juntamos un lote de cincuenta novillas. Las cosas no estaban del todo calmadas pero ya se podía respirar y oír ladrar a los perros sin que el corazón se saliera por la boca.

Por aquellos días dio en llegar mucho guate al Llano. Unos derrotados y otros en derrota; unos levantados a plomo y otros sacudidos de tierra. Los criollos tuvimos que comenzar a hacernos los chiquitos, a estrecharnos, a compartir sabanas y matas de monte. A nosotros nos tocó recibir a un hombre que venía corrido después de rendirle sus armas al general Duarte Blum en Monterrey, como soldado que había sido de Guadalupe. Se llamaba don Misael y llegó con Beatriz su mujer, con un muchachón de veintidós años, y con dos niños de diez y doce años. Una mañana amanecieron encambuchados en un centro de sabana. Al día siguiente con el cuento del agua fueron haciendo camino al caño, y ganando terreno hasta que mi padre les permitió acomodarse sin disculpas.

Don Misael y su familia se fundaron al lado de una macoya de guafa, bonita, que había en las costas de una mata de monte que llamábamos El Plagiadero porque ahí se cruzaban ganados de dos madrinas. Y sin decir más, comenzó a trabajar duro. Su mujer y sus hijos le ayudaban y no miraban para atrás. Hicieron casa y conuco, chiquero para los terneros, encerrado y corral para ganado: una fundación a puro pulso. Mi padre les prestaba trabajo a mano vuelta, y yo le daba mi mano a doña Betty en la cocina. Al poco tiempo nos estaban dando canoa y pidiéndonos ganado al aumento. Al principio fueron diez novillas, después veinte y luego mi padre, ya cansado de corretear por el mundo, decidió darles toda las reses para que las manejaran. Don Misael conocía de ganado y toda la familia era trabajadora. El hombre no era de los que fundaba un ható con vacas rencas: poco a poco se fue haciendo a lo que nosotros teníamos. Él era el que aparecía como patrón de la fundación y mi padre, ya enfermo, hacía de caporal. En el Llano de antes no habían las envidias, cada cual hacía lo que sabía y se ponía donde le correspondía.

Un cierto día de verano llegaron a la fundación dos tipos malencarados preguntando por un tal Renzo que nadie conocía. A don Misael le dio mala espina y salió con el revólver empuñado y montado. "A la orden", les dijo. "Orden es la que tenemos nosotros de matarlo, chulavita hijueputa", le respondieron. Y no acabaron de decirlo cuando el muchachón de don Misael les soltó una descarga en seco con un máuser que la familia guardaba desde la guerra: los hombres quedaron muertos en el patio de la casa. Doña Betty trataba de que los finados tomaran tinto para que no se enfriaran; los niños lloraban subidos en un árbol de merecure y don Misael gritaba cogiéndose la cabeza a dos manos: " Malos muertos, maldición, malos muertos!"

Como el Llano es tan grande y los hombres no tenían deudas conocidas, mi padre dio la orden de enterrarlos en un bajo de sabana. Desde ese día don Misael comenzó a considerar la fundación como propia, porque decía que en ella estaban enterrados sus enemigos. Mi padre no le escatimaba la tierra a nadie y menos a un socio con quien tenía ya para esa época más de mil reses. Al fin y al cabo, a la sabana le da título la pezuña del ganado. Y como don Misael sabía de números, de letras y de leyes, mi padre terminó aceptándolo como patrón, y doña Betty a mí como su criada.

Así iba el tiempo, pasando por debajito, cuando un día, para mejor decir un viernes por la noche, llegaron a la fundación unos señores bien montados y preguntaron por don Misael. Les contestamos que los patrones andaban de travesía, llevando un ganado, pero que si en algo podíamos servirles, estábamos a la orden. Ellos dijeron que la cosa era personal porque venían de parte de un tal Víctor Carpintero y que, aunque el tiempo de Gaitán ya había pasado, todavía quedaban chulavitas con deudas viejas. A mí se me secó la boca al sentir que los hombres venían a lo que venían y que no sabían de perdones. Doña Betty les hizo saber que aquí todos éramos liberales por ser criollos, y que para más veras don Misael había peleado en armas bajo el mando del general Guadalupe Salcedo Unda. Poca atención pusieron por más que doña Betty repitió los apellidos del general. Daban vueltas por la casa como esperando que algo pasara, pero no decían nada. De golpe oímos que alguien gritaba de afuera: "¡ Salgan, chulavitas, a recibir lo que les corresponde!" Los de adentro comenzamos a empujarnos y a gritar. Yo alcé al niño pequeñito, que andaba por los once meses, pero la niña se me soltó; a doña Betty la perdí de vista en el barullo. Todo era malos tratos y malas palabras. Yo comencé a suponer lo peor; sentí un golpe en la cabeza -de atrás para adelante-, y alcancé a verme caer contra el piso.

Debieron pasar como seis horas, porque volví a mis sentidos antes de la media noche. Estaba guindada en un chinchorro con el niño muerto en la entrepierna; tenía toda su cabecita reventada contra mí. Pensé que nos habían matado. Me fui tocando los huesos de la cara hasta sentirme viva. Miré aquellos batallones de sangre regada que corrían de para afuera. Comencé a llamar a doña Betty, a mi niña, a los muchachos. Nadie contestaba. Ni siquiera un quejido. Todos muertos.

Sentí un ruido pequeño, que no era un gemido ni un jadeo sino como un resuello livianito: era doña Betty asesinada. Me dijo: "Angelina, nos mataron en paro. Los asesinos se llaman Campo Elías y Vitelio, son caporales de don Víctor. Él quería estas tierras desde muy atrás, porque macoyas de guafa no es que queden muchas. No hay tal de política ni de enredos de esos; la misión era quitarnos la tierra. Desde el otro día andaban tras ella. No se deje engañar. Venda lo mío y pague mis deudas para no andar yo penando cuando me vaya a la muerte. No hay pecado más negro que morir debiendo. Todo lo mío es para usted. Hijos vivos no dejo. Lo que tenemos lo hicimos por la mano de ustedes".

Ella debió morir al rato. Yo volví a caer en la oscuridad hasta el otro día, cuando sentí que algo me revoloteaba sobre la cara. Era un zamuro. La casa estaba llena de zamuros. Ya se habían comido los ojos de doña Betty y los de los niños y estaban mirando los míos. Comencé a gritar y los pájaros a tratar de salir volando para que yo no los matara con mis alaridos. Busqué a mi niña, desesperada, hasta que la encontré desollada debajo de una cama. Entonces solté el llanto. Lloré y lloré hasta que Dios se cansó de verme llorar. Era mediodía y no se oían sino las moscas que

estaban engolosinadas con nosotros. Yo pensé que tenía que avisarle a alguien para que me ayudaran a enterrar semejante gentío. Cerré las puertas y las ventanas para que no volvieran los zamuros ni entrara el ganado, y salí corriendo sin lágrimas ni sentimientos.

Siete veces he repetido esta historia. Siempre igual. El juez dice que mi cabeza es privilegiada, porque no cambio ni una sola letra de mi declaración. Y es cierto. Pero desde ese día, tampoco sirvo para nada distinto.

A Gesualdo,
que no murió en el Llano

Yo andaba en los seis años, sentado en las varas de la majada mirando trabajar llano a mi taita, caporal que era del hato Maturín, en costas del Pauto, cuando comienzan mis recuerdos. Más demoraba en despuntar el día que yo en acomodarme a mirar cómo apartaba el ganado para herrarlo, sanearlo y hacerle doler la fuerza del botalón. Por la mañana, el aire olía a boñiga hasta que mi taita mandaba asar las castraduras de los mautes que había escogido para ser bueyes, y entonces el olor me movía la gana y me bajaba de las traviesas a darme codo con los vaqueros para no quedarme sin probar bocado.

Mi padre era hombre guapo, buen montador y mejor toreador, hombre sabio que conocía mucho del Llano. Lo llamaban de todos los hatos porque tenía modales para mandar la gente: cualquiera sabe enlazar, tronchar una res, apartarla, pero no todos saben hacerse obedecer sin crearse enemistades. Él poco me habló en vida: me miraba sí mucho: me vigilaba de lejos sin hacérmelo sentir. Por eso sus ojos se quedaron a vivir encima de mí cuando una tarde lo mató un toro que era una mera culebra. Un toro mal encarado, medio negruno. Un toro criado en el hato Veladero, de don Tercesio Porras. Un bicho clásico: puros cuernos. El animal se plantó a gruñir como si ya hubiera ventiado el muerto. Yo sentí que iba a haber sangre y mi papá también, porque me volteó a mirar antes de cruzarse a caballo en la cara del toro y de que éste lo alcanzara con el cuerno. Yo vi el chorro de sangre aborbellarse y pensé que el toro le había sacado el corazón con esa punta de cacho tan fina que tenía. Pero no, era de la entepierna de donde venía ese río que dejó ensangrentado el corral. El hombre se metió la mano tratando de coger la vena, mientras los vaqueros lo echaban en un caucho para llevarlo a la casa. Yo corrí con todos oliendo su sangre caliente que hacía charcos a media nada y, cuando ya no respiró más, salí a mirar al toro que lo había matado: estaba parado en el mismo sitio donde cayó mi taita; las chicharras, todas al mismo tiempo, anunciaban el chubasco; mi mamá comenzó a llamarme, y yo corrí a llorar entre su canto, oloroso siempre a naftalina.

Al poco tiempo me apadrastraron y mi abuela, para consolarme, me regaló un caballo que llamaba El Sultán, un bayo grande que tocaba arrimarlo a los palos para poderlo montar. Muy duro de boca aunque muy firme de cascos; nada lo paraba, pero tampoco nada lo hacía correr; a él no se le daba nada lo que yo quisiera. Sin embargo, cuando llovía y el agua se le metía por las orejas, se volvía el mismo diablo. No daba cuartel: barajustaba, corcoveaba y no se detenía sino en el escampado de la pesebrera, que era demasiado bajita de modo que si uno no se agarraba a tiempo al cuello del animal, podía quedar tirado en el suelo con la cabeza rota. Yo no quería ese caballo porque quería era uno mío, amansado por mi mano.

No sé si fue mi padrastro o El Sultán lo que terminó empujándome de Maturín; lo que sé es que un día mi mamá me llevó al hato de La Candelaria -que en ese entonces era de don Antonio Lara- y me dejó allá a cambio de un maute y medio mensual por mi trabajo. El viejo decía que mi jornal no valía sino un mero maute, pero mi mamá, porfiada, quería que cuando yo dejara de trabajar con don Antonio tuviera ya la semilla de un hato y pedía dos. Al arreglo se llegó por mitaceo.

El viejo me trató bien. Era venezolano. Tenía un bigote largo de puntas y usaba raboegallo. Verme el hombre y mandarme con el mensual a lavar el libro de la res fue lo mismo. Decía que uno debía

comenzar a conocer la res por lo más importante que tenía, que eran los estómagos. Aprendí a lavar el bendito libro, a limpiar el menudo, a buscar los entresijos de las tripas y, después, a picar el hueso. Mi padre no me alcanzó a enseñar estas cosas, pero gracias a Dios yo me levanté en medio de un tiempo en que la gente vieja era todavía llanera.

Pasé siendo segundo del mensual muchos días. Dormía en un camastrón de piel templada. El día comenzaba trayendo agua para hacer tinto y terminaba trayendo agua para lavar las ollas. El trabajo da muchos consejos si uno lo hace de buena gana, y fue tal vez por eso que después de un tiempo don Antonio le pagó a mi mamá mi maute y medio -me dio dos y le quedé debiendo medio-, y me aflojó un caballón para que ayudara a arriar las vacas paridas al corral. Aprendí a manear, a ordeñar y a apartar los terneros para que no se mamaran la teta, pero yo quería salir para la sabana, donde iban los vaqueros y estaban las madrinas. La casa es siempre para las mujeres y yo anhelaba volver me hombre, aunque para eso debía ser capaz de aguantarme en un cerrero.

Al caballo que va a ser de uno hay que echarle el ojo antes de echarle la sogá. A mí me había gustado un caballo sangretoro, más oscuro que tostao, que había visto parir a una yegua llamada La Preferida, que montaba el caballicero mayor. Un potruncito de tres patas blancas y estrella en la frente, muy entendido a la voz y ligero de cascos. Yo soñaba con él que ni mujer que hubiera sido, mas ni pensar en pedirselo de regalo a don Antonio. Yo hacía el oficio rápido y me echaba para Tres Matas, donde sabía estar la madrina, sólo a mirarlo parar esas orejas como venado. Apenas oía los gritos de un alcaraván se alebrestaba y buscaba cubrirse tras la mamá. Era entendido y sabía taparse de los ojos de uno. Le puse por nombre El Relicario. Nunca supe qué era un relicario, pero el nombre me gustaba.

A don Antonio le hice un trato: "Usted me da el caballo y yo no le cobro los mautes y, de encima, le trabajamos juntos". El viejo se reía porque eso de trabajar con el caballo era como decir que yo trabajaba y además le encimaba el trabajo de mis manos. Le cayó en gracia. Llamó a don Domingo, el caballicero, y le dijo: "Mingo, si el muchacho éste es capaz de lidiar el caballo y de reducirlo, dáselo en pago de éste y del próximo año". Me escurrí de contento. Salí a buscarlo con esa gana de mirar lo que es de uno cuando todavía no es propio.

Me costó mucho apartarlo de la yegua, achicarlo al botalón y dejarlo -como don Domingo me había dicho- a que la tarde lo entibiara, lo golpeará con luz suelta para entonces sí poder montarlo. El caballo sabe que si uno lo monta, lo monta. Así corcovié, así bote las manos para adelante o para arriba, así haga caracoles. Si uno se tiene, el caballo es de uno. Amansar una bestia no es más que mostrarle quién monta a quién. El Relicario aquella vez se abrió sabana adentro como el mismo diablo; dejó regados a los madrinadores que iban a mi lado y, cuando ya creía que llegábamos al fin del mundo, paró en seco y yo salí por encima de sus orejas a estrellarme contra la tierra. Él se quedó quietecito, como si hubiera hecho algo malo. Digo que yo lo quise tanto porque fue el único caballo que ha logrado tumbarme cuantas veces quiso. Hasta que se murió de viejo. Un buen caballo se debe morir al lado del patrón y ha de enterrarse en la propia tierra donde nació.

Ya con caballo me dieron montura, una sogá de trece brazadas, y un frasco de creolina. Don Domingo no me dejaba ni de día ni de noche. Me enseñó a puntear y a traspuntear, a castrar becerros, a incorporar el ganado en los saleros, a buscar los caballos en sus paraderos, a apartar los que se apegan y no se dejan abrir unos de otros, me enseñó las artes del cabestrero y del caporal. Un día que íbamos sacando un lote se barajustó una res -cachilapona que estaba-, y yo ahí mismo saqué la sogá arrebiatada que llevaba y tiré a enlazarla. Don Domingo me dijo: "Hombre, muchacho, llanero no es el que sabe enlazar sino el que sabe apartar a tiempo, el que sabe colocar el caballo antes de que la res barajuste". Y así, poco a poco entendí que para ser buen jinete uno debe dejarse enseñar de los caballos y que por obligación no debe estar con mujer antes de ganadear, para que no se le aflojen las piernas. Además, al caballo hay que quererlo mucho para que él comprenda al patrón. Hay que acariciarlo y bañarlo, hablarle para que la voz lo

calme: hay que sobarle el pecho y la tabla de la nuca. Al muy bravo hay que darle miel de abejas, y a los mañosos echarles agua fría en la cadera; a los estrelleros, que se la pasan mirando para el cielo, hay que bajarles la cabeza dejándoles el cabestro suelto, para que lo pisen y repisen.

Un día don Antonio me llamó muy serio y me dijo: "Camarita, usted ya creció; ahora tiene que trabajar y ganarse la vida". No me gustó el cuento, porque yo no había hecho otra cosa que trabajar, y me le puse muy altanero: " así, don Antonio? Explíquese, porque más que buen trabajador soy un hombre asentado y, así usted me haya criado, me gustan las cosas claras". El hombre no se arremangó porque usaba tucos y me dijo: "Gesualdo, se trata de que de ahora en adelante usted va a ganadear sacando por el Arauca reses hasta Venezuela y por el Meta hasta Villavicencio". Era lo que yo más codiciaba, porque para eso había nacido.

El primer viaje lo hicimos al hato La Maporita, de los "Musieus" Lomonaco Paredes, en la culata del Arauca. Por allá llaman así a los dueños de hato, que es como decir "blancos" en el Casanare. Estos "musieus" eran gente de buen trato. Echamos trece días

de seis horas de camino cada día entre el Arauca y el Meta. Nos levantábamos a las tres de la mañana, ensillábamos mientras nos preparaban el café para estar tintiados a las cinco de la mañana y echábamos a andar con la primera luz y la última estrella. Había que salir con la fresca para estar posando al medio día. Las posadas estaban donde a uno lo cogía la hora, y por tanto era lo mismo contar por jornadas que por posadas.

El todo era andar. No dejar barajustar el ganado porque una estampida de cuatro mil quinientas reses es como un chubasco: hace resonar la tierra desde dentro.

El ganado iba comiendo al tiempo que caminaba, de manera que con la última luz se echaba a rumiar y entonces uno comenzaba a velarlo. Había que velarlo toda la noche porque el ganado necesita sentirse acompañado. El velador tiene que cantar para hacerle sentir que está ahí y que el tigre no ronda. En esos días había tigre de verdad. En una vez que íbamos para Villavicencio, en un sitio llamado Aguamansa, nos salió un mariposo más grande que un becerro. Los toros lo ventieron y ahí mismo hicieron un círculo alrededor de las vacas para defenderlas. Había un toro sieteañero, bravo, señor de la madrina, que volteaba buscando al enemigo. Todo era silencio. El ganado se arremolinaba y los vaqueros salíamos con candela para ahuyentar a la fiera cuando de golpe salió. Del primer puño mató al toro y se dejó tragar por la sabana, porque no apareció por más que lo buscamos el resto de la noche.

Eran también difíciles los ríos. El Pauto tenía, como el Meta y el Casanare, mucho caimán, pero como no había fiera ni de cuero ni de carne que nos asustara, nos echábamos al agua. Tampoco había de otra. Los aperos y las camas las pasábamos en curiara. El cabestrero se echaba al agua adelante, cantándole al ganado, dándole consejos, prendido de la crin del caballo. El resto de vaqueros pasábamos haciéndole calle real al ganado entre el agua, para que ninguna res se tamboreara. Echábamos del Casanare a Villavicencio los cuarenta días a paso de ganado, hasta llegar a la pata del cerro. Villavo era en esa época una iglesia con ranchos de paja. Había sí buenos bares y buenas muchachas para calmar la sed que nos venía atormentando. De los tres pesos oro que nos pagaban por la travesía se apartaban cincuenta centavos para el regreso, se compraban dos mudas y un caucho, y el resto se botaba en mujeres y trago. Se ganadeaba para poder gastar en Villavicencio y se gastaba en Villavicencio para seguir ganadeando. Era la vida de nosotros. No había afanes de llegar a ningún lado. Volvíamos al Casanare a buscar hato para hacer trabajo llano y para recorrer caminos. En aquel tiempo conocí muchos hatos: Santana, Guarataro, Rascador, La Aurora, El Rosario. En La Aurora alcancé ajinetear más de cien caballos.

Una vez, ganadeando en las sabanas del hato Gaviona, propiedad que era de don Víctor Machado, me topé con el destino. Habíamos salido apenas con el tinto, y la luna todavía estaba alta. Íbamos a trabajar el día incorporando el ganado, apartando el que nos ordenaron llevar.

Volvimos a la casa ya entrada la noche, y veníamos con un hambre de esas que se devoran solas. El caporal me ordenó echarle mano a una ternera mamona para cenar. Y estaba trabajando en la candela, con paciencia, para que no quedara arrebatada, cuando en esas llegó Efraín, un venezolano que, como todos ellos, se creía dueño del Llano. Llegó altanero a exigirme un pedazo de lomo. Le expliqué que la carne estaba todavía cocha, no me dejó decirle más. Me gritó que yo era un carajo hijueputa y que por qué él tenía que obedecerme a mí. " me sirve o me sirvo!", añadió, y por eso a mí, que andaba también agrio por el hambre y el calor de la candela, se me zafó la paciencia: agarré un cuadril de la mamona a medio asar y se lo calé con toda mi fuerza en el tuste. El hombre peló ahí mismo el cuchillo y yo no encontré otra defensa que una vara de asaduras, caliente que estaba. Él que me manda el viaje con el capador y yo que le coloco el palazo en una oreja.

Pero el Efraín -rápido que era- volteó y me alcanzó a hurgar los hígados. Cuando vio la sangre se asustó y los otros vaqueros se metieron por en medio. A mí me dieron los vacíos y caí al suelo. Me echaron en una canoa para Orocué, a que el médico que trabajaba con la petrolera me curara. Llegué sin saber de mí. Por fortuna no había sido sino un mero chuzazo. Me alenté rápido.

Pero quedé con la obligación de la venganza y eso es muy horrible porque el otro se convierte en el compañero de día y noche. Yo cerraba los ojos y me veía matando al venezolano y comiendo del muerto. La venganza no me daba respiro; quería era sólo mirarlo desgraciado por mano mía. El hombre se me escabulló, se me perdió de vista. Supe de él mucho tiempo después, cuando casi lo había olvidado. Andaba todavía refugiado en las selvas de San Camilo, en la propia Venezuela. Hizo bien, porque si se queda en el Llano de acá nos hubiéramos tastiado tarde que temprano.

Seguí ganadeando de hato en hato y de sabana en sabana. Andaba con el mero encapullado y un pollero. Mío era el caballo y las ganas de mirar los escondidos que tiene el Llano. Hasta que un día dije planto aquí. Tenía cumplidos ya los veinticinco años, y don Antonio me había dicho que era hora de sentar cabeza, catear mujer y buscar una punta de sabana para fundarme. Para esas, entre unas y otras, ya tenía una madrina hecha con la semilla que mi mamá me había cuidado.

Yo había mirado en el hato de El Viento a una mujer delgadita ella, ojizarca, altanerita al caminar y fina para la sogá. Se me metió entre los recuerdos y no hacía más que mirarla en mis adentros, y un día que amanecí con el guayabo al cuello le dije al patrón que necesitaba un caballo nuevo porque me iba a buscar la mujer que había topado. Me contestó que el trabajo era escogerlo. Fui y le eché mano a un moro azul que llamé desde lejos Aguinaldo. Lo aparté, lo amansé, empaqué los huesos en la cadera y me fui a hacerle propuestas de amor a la zarca.

Desde que ella me vio llegar ya sabía a qué venía. Así que eso fue empacando maleta y al anca. A la mujer le gusta que uno sea buen jinete. El padre de ella era compadre de don Víctor Machado, así que no le faltaban bestias y con ellas comenzamos a trabajar. Se las comprábamos a don Víctor y las vendíamos en San Martín para llevar al Huila y al Tolima. En la cordillera se amansan las bestias cabetreándolas en redondo, y cuando les ponen el apero es porque ya el animal está bobo de tanto giro. Los caballos llaneros, cerreros o trabajados, son muy apreciados allá. Hacíamos buena plata, y ella se ganaba su propio dinero preparándoles comida a los caballiceros que nos acompañaban.

Así pasaba el tiempo, hasta que a Laureano Gómez le dio por matarnos. No sé qué dolor tenía ese hombre en el alma -si es que la tenía- para haber sido tan malo. Yo no quería meterme en el bochinche, a pesar de ser liberal, pero cuando todos los muchachos comenzaron a coger monte para defenderse, la doña dio en mirarme como un perro de agua. Entonces la dejé y me ligué con quien llamaban El Pote Rodríguez, que tenía comando en la cordillera. Era un hombre valiente a pesar de ser guate; noble y conocedor del Llano y de los llaneros porque trajinaba con sal para los hatos. Estuvimos unos días volteando por ahí, de arriba para abajo, hasta que nos hicimos camaras. Éramos quince, más El Pote, diez y seis. Estábamos reclutando en eso que llaman

Monterredondo cuando nos avisaron que venía la tropa de Tame y de Corozal, que eran ciento cincuenta soldaditos bien armados y bien empuñados. El Pote no estaba. Había ido a buscar una dinamita que le tenían prometida. No sabíamos qué hacer, si huir o dar candela. Unos decían que sí, otros que no, hasta que por esa indecisión se metió la tropa y acabó con el campamento. Nos dejó sin peroles, sin remesa, sin chinchorros. No tuvimos bajas porque conocíamos el monte. Cuando llegó El Pote nos dijo: "Partida de avestruces, ¿no ven que a esa gente le entra bala? ¿Acaso son ustedes mujeres remilgonas? No, ¡a la tropa hay que darle la fruta que se coma!"

Y así fue. Una vez, poco después, el ejército salía por una ceja de montaña, confiado en vernos acobardados, pero El Pote nos había distribuido muy estratégicamente y los soldados cayeron en la que les teníamos preparada. A las tres de la tarde entró la punta de la exploración. Nosotros cargábamos un fusil-ametralladora que El Pote había conseguido en los páramos de Rechiniga cuando comenzó a pelear en junta con los Villamarín. Nos había dicho que cuando él hiciera tronar el primer tiro, el F.A. debía borrar de atrás para adelante y así se encendió el tiroteo. Yo andaba casi a la cola cuando vi que un cabo que tenía un fusil San Cristóbal en la cabeza de la silla echaba para atrás tratando de salir de la emboscada. Yo que lo veo y que pienso: hay que matar la bestia para coger el arma. Apunté, maté al caballo, el hombre cayó y yo me le fui encima sin darle tiempo a saber dónde estaba. Conseguí su arma, que fue con el tiempo de fama. Ese día le fue mal al gobierno, porque las tropas nos entregaron los cuarenta y cinco equipos completos que llevaban: cuarenta y cinco fusiles, cuarenta y cinco caballos, cuarenta y cinco chinchorros.

Al día siguiente por la mañana yo le digo a El Pote que entre la mata de monte había visto cuatro soldados que podían estar muertos con las armas al pescuezo. Me dijo: "Vaya pero no se deje joder". Le dije "no, me llevo mi fierrito éste que acabo de ganarme y me voy acompañado de cinco muchachos". Me dijo: "Es que el problema de hoy son los aviones. ¡Cuidado! Que no lo vayan a dejar de sobremesa para los zamuros".

Yo me fui confiado. Aclarando arrimamos a la mata de monte y oímos los aviones. Y menos gasté en verlos que esos bichos en cuidar lo suyo y en vengar sus muertos. Bombas y bombas, ráfagas y más ráfagas, hasta que se les acabó el pertrecho. A ninguno nos pasó nada, pero tampoco pudimos recoger los fusiles que nos tocaban porque enderezamos la marcha para atrás antes de que los malpajorros volvieran.

A los ocho días hicimos lo de Recetor: ocho fusiles más para nosotros. Después Tame, donde dicen que causamos más de cincuenta bajas. No pudimos contarlas porque tocó salir cuando vimos que venía un contingente fresco. Pero desde ese día la tropa no volvió a salir del comando y hasta les tocó hacer un hoyo para sacar agua, porque no podían arrimar al caño. ¿Entonces qué hicimos? Como no salían para ningún lado, nos fuimos a tomar Salina de Chita, donde estaba el ejército regado haciendo diabluras. Le tumbamos cinco comisiones que nos salieron muy caras, porque una vez metidos entre el cuartel pidieron más soldados, que caminaron toda la noche y cuando el día aclaraba nos cayeron. Eso fue plomo y plomo, y más plomo, y aviones por encima. Había sitios que nos tocaba cruzar a botes mientras nos salpicaban a balazos por todas partes. Hasta que llegábamos al tapado. Duramos en ese tesón como tres días. Nos emplazaban ametralladoras pesadas en las lomas y voleabanbala como lloviendo, pero no nos mataron a nadie y tampoco les dejamos las armas.

Duramos tres días sin comer, y al cuarto día llegamos al caño Catimba, donde hay mucho guahibo y mucho tunebo. Íbamos en la pica cuando de pronto miré a un lado y vi un racimo de bananos amarillitos que de lejos parecían un manjar. No le dije a nadie, pero al ver pasar a El Pote lo agarré de la manga de la camisa y le mostré el asunto: "Mire, mire lo que hay allá", le dije, y él me contestó: "Ese cambure esta envenenado. No lo vaya a tocar". Y tocó hacer caso.

Ese día me cansé tanto que ya no quería ni pensar, aunque poco a poco salimos a un punto llamado Las Tapias, donde había un hato. El Pote ordenó sacrificar una res para comer, y así fue:

matamos una mamona con un tiro de fusil y prendimos una hoguera, pero la gente no se aguantó a que el animal cocinara y el que iba llegando iba cogiendo presa, con cuero y todo, sin desollar. Cuando la carne estaba apenas chunchullando la sacábamos y coma, coma y coma, sin sal y sin nada.

Al otro día volvimos a marchar. Caímos al llano y tan pronto pisamos lo que es tierra pareja nos sentimos livianos; estábamos en costas de río Ele, donde recogimos más gente. Ya éramos doscientos.

En esos días El Pote Rodríguez mataba su tiempo haciendo bombas y yo arreglando linternas. La bomba se conectaba a una pila y uno de los cables iba al bombillo de la linterna, de manera que al espichar el suich explotaba la bomba. Las dejábamos tiradas por el camino donde iba a pasar la tropa y como una linterna en el monte es un regalo, los soldaditos tiraban a recogerlas y ahí quedaban. Un día, sin embargo, estábamos trabajando en eso y llamaron al desayuno. Nos fuimos a desayunar, y cuando estábamos terminando El Pote se acordó de que había dejado una bomba empezada y fue a desconectarla. La fue a desactivar y ¡pum!, ahí quedó pegado al rastrojo. La explosión lo reventó, porque al torear la primera bomba se prendieron todas las demás y ahí se armó la grande. Así murió El Pote Rodríguez y así subió a la jefatura Chaparro, también de Sogamoso. Bajo su mando nos juntamos cerca de doscientos hombres: cien en Tame y cien en el Casanare.

Un día me dijo Chaparro: "Vamos al comando del Casanare"; le dije: "Vamos", y nos vinimos los dos. No sabíamos que iba a salir tropa de Tame. Llegamos como a las doce y media al comando del Casanare y cuando estábamos almorzando sentimos unos totazos. Claro, habían salido trescientos soldados de Tame y trescientos de Arauquita a toparse en Fortul, en el centro de la montaña, al lado de donde estábamos. Chaparro dijo: "Vámonos a hacerles frente". Yo le respondí: "Yo no me voy sin comer. Muerto de hambre no me voy. Si nos dan que nos den, pero comidos". Y bueno, comimos tranquilos y salimos por la pica hacia Sisibí, donde estaba nuestra gente. Llegamos de noche y no había nadie. Yo pensé que nos habían confundido con la tropa y que por eso habían dejado la comida hecha y todo ahí. Comenzamos a recorrer a tientas el campamento y no topábamos a ninguno de los compañeros. Solo, todo solo. Entonces salimos a la orilla del monte, en una oscuridad de esas que dan miedo, y yo puse la pata sobre un bulto blandito y pegué el brinco. Encendí la linterna y vi que se trataba de un finado nuestro que habían matado, seguro, esa tarde. No supe quién era, porque la cara se la habían desfigurado a machetazos, y cuando quise llamar a Chaparro para preguntarle caí en cuenta de que había dos aviones volando en redondo por encima de nosotros. Pensamos que nos iban a dar plomo, pero de repente uno de ellos se nos vino encima y dejó caer sobre nuestras cabezas un poconón de papeles que ahí mismo recogimos. Eran papeles que hablaban de la paz y de que en Bogotá se había montado Rojas Pinilla.

Entonces se organizó una entrevista en Tame con los duros, los capitanes y los coroneles, y empezamos a conversar acerca de la tal paz que decían los papeles. Nosotros íbamos de a tres o de a cuatro al cuartel. Nos daban almuerzo, charlábamos y hasta tomábamos trago. Íbamos seguido. Ya entramos a dialogar de una paz verdadera y como a los quince días supimos que Guadalupe se había entregado en Monterey. Entonces le dijimos al coronel que nos trajera a Guadalupe a Tame para charlar con él. Así fue. El hombre cayó en una avioneta y nos dijo: "No, yo no me entregué; yo entregué las armas", y nosotros le respondimos: "Bueno, tocará entregarlas también". De las doscientas armas que entregamos nos quedamos con ochenta bombas porque eran muy peligrosas. Fue lo único que no se entregó: bombas y espoletas. Teníamos una casa llenita de dinamita, unas cuatro toneladas, y dos detonadores, cada detonador capacitado para reventar cien bombas. Eso quedó en nuestras manos. El ejército no estaba capacitado para manejar ese arsenal.

Con Guadalupe se hizo la entrega y se acordó la paz. Vino a recibir esas armas el general Duarte Blum, en el campo de Tame nos recibió los fierros. Ese día nos mataron diez novillos para el almuerzo. Nosotros, desde la mañanita, nos habíamos puesto de acuerdo en que un coronel, un capitán, un sargento y un teniente de los nuestros salieran a entregar los fierros. Fueron los primeros y después salimos doscientos hombres. Pasamos por el centro del pueblo: la gente se encaramaba una encima de otra para vernos. Yo era de la primera escuadra. Llevaba un F.A., y cuando pasamos por el campo de aviación Chaparro ordenó: " las armas!" Yo pasé de primero y grite: "Entrego mi arma confiando en una paz duradera". Era una vaina bien bonita. Un coronel empezó a recibir las armas y con cada uno de nosotros se tomó una fotografía. De ahí pasamos a almorzar, y después del almuerzo nos dieron gaseosa. Nos iban a dar ropa también, pero nosotros ropa teníamos por bultos; teníamos como veinte cargas sin estrenar. Toda era comprada, porque si usted tenía mil novillos y nosotros le dejábamos sacar esos mil novillos, usted tenía que entregar, diga, unos diez bultos de ropa. Pasaba otra ganadería y a esa le tocaba darnos también, y no solamente ropa sino espoletas, cable, dinamita. El impuesto que cobrábamos era en artículos.

El Llano en la paz duró un poco. Pero a larga salió verdad lo que dijo el finado Carreño: "Va a haber una paz, pero es por unos años pocos. Después vuelve a haber guerra, y será muy diferente a la que hicimos. Nosotros estamos peleando por una causa de partido. La otra guerra va a ser una guerra fría y va a durar años y no van a pelear de partido a partido". Se acabó esa guerra, pero sólo para comenzar otra.

Yo volví a buscar a la mujer y al hijo que en ella había dejado encargado. El niño ya tenía los dos años. A mí me habían llegado con el cuento de que el tal venezolano había vuelto, y la duda me hacía rondas y hasta me desvelaba. Pero me tapé los ojos para no ver, así que llegué a la casa sin desayunar.

Ella que me vio abriendo el broche y él que salió a esconderse. Yo lo alcancé a divisar y caí en la cuenta de que era cierto lo que me habían dicho. Sin embargo, ¿cómo hacía para devolverme? ¿Para dónde? Hice de tripas corazón y entré como si nada. Ella me miró bien la cara y me dijo como ayudándome:

"Estamos viviendo en junta con Efraín". Yo le respondí que ya lo sabía, que venía a mirar cómo arreglábamos, que él no tenía por qué esconderse, y que a mí me dolía más lo de la puñalada que lo de la mujer. Arreglamos. Me dio la mitad del ganado y partimos cobija.

Me puse a negociar con el ganadito que me quedó de la socia. Andaba con dolor pero no quise menearlo para no tener que llorarla. Me dio fue por atravesarme el Llano de adentro para afuera. Sacaba ganado del Vichada por Santa Rosalía al Meta, y por ahí lo subía en barco hasta Puerto López. Me hice muy conocido y saqué a vivir una guahiba que me gustó. Las indias saben mañas y me supo hacer quedar con ella. Tenía una punta de sabana en el Casanare y allá echamos un par de madrinas de unas ochocientas reses cada una. Me dio cinco hijos.

El tiempo comenzó a pasar igual. Los muchachos fueron creciendo y yo dejé de ganadear. Vendía la cosecha en Santa Rosalía y volvía al rancho. Le cogí gusto a sabanear. Poco salía a Puerto Carreño, no volví nunca a Orocué y menos por los lados donde Adalgisa vivía con su veneco. Pero a mí ella no se me despabilaba. Se me quedó a vivir en mí como nuche en pescuezo de vaca fina.

El día que el mayor de los muchachos que tuvimos con la indígena cumplió los veinticinco años, la mamá amaneció muerta. Ella no se miraba enferma ni quejosa. Trabajaba duro. Esa tarde estuvo haciendo ayacas y tumbos hasta que le entró como un calor al cuerpo. Bajó al caño a refrescarse. Yo la vi peinándose el cabello con su peineta de tortuga, como todos los días. Ella se desenredaba el pelo durante horas, como recordando, y luego se lo recogía en una moña, como resignándose. Así era siempre. La miré meterse en el chinchorro después de tomarse una taza de tinto, como todos los días. Yo me acosté pasadas las nueve de la noche. Dormía en mi propia hamaca porque

desde su último parto nunca más volvimos a estar juntos. La oí roncar hasta que me quedé dormido y cuando aclaró le pregunté si había quedado café en el fogón. No me contestó. Pensé que había amanecido callada. No le paré bolas. Fui y me serví el café, pero cuando volví noté que estaba demasiado quieta y la palpé ya fría. Debió morir a media noche, la hora en que los indios saben morir. La enterramos junto al río.

Sentí que había llegado la hora de volver a pensar en Adalgisa. Un día me fui a buscarla a San Luis de Palenque, tierra que es de sus padres y donde ella vivía. Como la primera vez, cuando ella me vio ya sabía a qué venía y, otra vez, le hice campo en el anca. Pero no quiso volver a trabajar en la sabana. Pusimos una tienda en Orocué, que nos daba para vivir juntos. Ya no éramos jóvenes, pero a mí me entró como un nuevo impulso y no podía dejarla de querer y de mirar. No teníamos obligaciones y así pasaban los días, hasta cuando una madrugada, sentí que alguien andaba forzando una ventana de la tienda. Pensé que era un pillito; cogí despacito la rula y me deslicé por la pared. Sospeché quién era, pero no quise decírmelo: no quise saber si venía a robarme la mujer o la tienda. Ella comenzó a gritar cuando se dio cuenta de que yo quería era hacerlo picadillo, y creo que a mí me pasó lo mismo.

Me condenaron a veinte años no excarcelables porque el juez me probó una vaina que llaman malquerencia. Tenía razón. Yo no le reviré. Ella tampoco. No declaró ni una palabra, ya que la ley la amparaba. Sabía que al ir a buscarla él, tarde o temprano, por un lado o por el otro, se acababa con Efraín esa pelea que habíamos comenzado hace tantísimos años. Yo estaba dispuesto a pagar el tiempo que me tocara sin arrepentirme, como lo he hecho. No he chistado ni una sola queja. Poco a poco ella se fue acercando hasta que hoy no deja de venir cada ocho días a visita conyugal. La cárcel es triste para un llanero, porque como no dejan entrar caballos uno tiene que contentarse con oírlos relinchar.

Me trasladaron de Orocué a Yopal por culpa de los hermanos Aceros, dos cachilaperos que sabían el arte de cambiar los hierros de marcar. De un siete sacaban un cero; del cuatro sacaban un tres; del dos sacaban un ocho. Se ingeniaban la manera de cacha piar con un cuerno de toro caliente y todo lo cambiaban. Eran buena gente. Entonaban joropos, tocaban el cuatro y la bandola y tenían al alguacil pillado en malos negocios. Sabían que, por ejemplo, vendía parte de la comida que nos mandaban; que los chinchorros que hacíamos los negociaba por más de lo que nos decía, y que hasta se acostaba con las mujeres que nos iban a visitar. Era un corrompido.

A los Aceros les llegó la remisión a Yopal y la avioneta aterrizó un buen día como a eso de las cuatro. Buena hora, pensaron los hombres. Se montaron en el bicho: el piloto y el aguacil adelante y aquellas joyitas atrás. Iban esposados uno con otro; enmancornados. La avioneta levantó el vuelo y a los diez minutos los hombres encuellaron por detrás al alguacil, haciendo un chambuque con las manos que llevaban esposadas y talaron para atrás a esnucario, a asfixiarlo, sin darle tiempo a reaccionar. El piloto no podía hacer nada porque no iba a descuidar su trabajo, y el pobre alguacil ya estaba jeteando. Al primero lo obligaron a aterrizar en una pista que había en Trinidad, y al segundo lo golpearon hasta dejarlo adormilado mientras ellos se perdían por la sabana. Por eso pagamos nosotros, los que quedábamos en Orocué, y desde ese día tuvimos que amañarnos en la cárcel de Yopal.

Cuando se llega a una nueva cárcel, lo primero es hacerse una amistad, pues uno tiene que apoyarse en alguien. Así conocimos a Manuel Crespo, un viejo que manejaba el patio. Era -o es, porque sigue preso- sogamoseño. Comerció por el camino que de El Morro sale a Labranzagrande, un camino que se acabó cuando don Manuel dejó de transitarlo. Él bajaba de la cordillera papa, alverja, droga, y subía ganado. Un buen día venía a paso de buey por el camino cuando le salieron dos policías armados y con señales de no querer hacer amistades. Le dijeron que eran prófugos del cuartel y que le vendían el par de carabinas que llevaban. El viejo, que entendió que habían tapado la salida, les dijo que sí, que le interesaban las armas, pero que no tenía plata porque no había vendido nada; que si ellos querían podían esperarlo, que él realizaba

la mercancía, y que de subida les pagaba, y que como garantía les firmaba el papel que ellos ordenaran.

Arreglaron. El viejo les dio aguardiente, cerraron el negocio y don Manuel se echó a botes loma abajo. Pero no volvió nunca más. Del miedo que le daba encontrarse a los policías a mitad del camino, comenzó a viajar en avión. Arrendó un Afripesca y así abrió la línea Yopal-Sogamoso. Unos días más tarde aparecieron muertos los policías y la inteligencia le echó el pato al viejo. El alegó y alegó, pero no tenía pruebas de nada. En cambio la ley encontró en los finados el papel firmado por don Manuel en que declaraba tener con ellos una deuda por valor de cien mil pesos. Total, ser sospechoso para la policía es ser reo.

Se dice que se está acabando el Llano; que ya no hay buenas bestias y que dentro de poco no habrá ni siquiera matas de monte; que el único hato donde se trabaja todavía a la moda nuestra es en el de los Chaparros; que ya en los bajos no quedan matas de guata; que las cercas en palo de quebracho han sido cambiadas por postes de cemento firmados por el nuevo dueño; que las puertas de las talanqueras son ahora portones grandísimos, y que los hatos ahora se llaman Ranchos. Creo que cuando salga de aquí no voy a conocer ni los caminos, que es la única experiencia que nos dejan a los viejos. Uno comienza a incomodar como gato hambreado. Y por eso pienso que el mejor sitio para que un llanero viejo se muera es la cárcel. Aquí todo se ha acabado desde hace mucho tiempo.

Me llamo Sandra Milena. Soy de Armenia, tengo 23 años y hace doce meses llegué al pueblo con la ilusión de conseguir algo. Una sabe que lo que una se propone lo consigue. Fíjese en las compañías petroleras: le dieron y le dieron al asunto hasta que consiguieron lo que querían. Toda mi infancia la pasé en Armenia al lado de mis padres y alcancé a estudiar los once años reglamentarios. Mi papá, pensionado de la empresa municipal; mi mamá, ama de casa. Eramos nueve hermanos pero vivíamos bien. En primero de primaria todo era muy lindo, a pesar de que tenía una profesora muy regañona. Ese año lo perdí porque yo era muy lenta. Lo repetí y no volví a perder años. Me gustaba jugar con los niños. Pero después, en primero de bachillerato, comencé a volarme del colegio para irme a nadar a la piscina con los muchachos. Me suspendían cada rato y cada rato tenía que cambiar de colegio porque ya no me aguantaban, era muy fregadita. Cuando terminé el bachillerato conseguí novio y quedé embarazada. Me casé a los diecisiete años. Tuve una hija. Cuando ella tenía ocho meses me separé del esposo y nunca más volvimos a convivir. No nos entendimos. Pasó el tiempo. Yo trabajaba en una fábrica de bolsas, pero con lo que ganaba no vivíamos las dos.

También trabajé en un taller con mi papá y mi hermano haciéndole al arte de la grasa, como dicen, pero cuando nació Yésica Alexandra comencé a pensar en una casa. Tenía un lote que mi papá me había regalado, pero con lo que me hacía en el taller sólo podíamos vivir con la niña y no podíamos hacer casa. Entonces me decidí a conseguirla a como diera así fuera en esta vida que llevo. Me metí a minear al Chocó. Con mi amiga fuimos a tentar suerte con los mineros. Ellos trabajan el mes, los dos meses seguidos hasta que se enguacan o logran acumular un buen peso. Entonces salen a gastarse la plata y a desquitarse del cansancio y de la soledad, como los petroleros. Yo estuve sólo ocho días por los lados del Chocó y conseguí un plantecito más o menos. Con eso volvía Armenia y armé viaje para acá, a buscar la moneda, porque una trabaja es sólo para conseguirla. Aquí hay peladas de trece años. Muchas de ellas llegan al oficio porque sus padres son muy pobres, y es curioso que haya niñas de todo el país menos de Tauramena, una región donde los hombres son muy sanos, aunque ya se les abrirá la agalla por el dinero. El petróleo trae eso: todo plata.

Es una vida muy dura, y espero salirme pronto de ella porque tampoco es justa. Yo estaba desesperada por falta de plata y una amiga llamada Lorena me dijo la forma de buscarla. Me pareció que era muy fácil. Entonces me llevó a un centro nocturno, me dio las últimas indicaciones y me dejó sola muerta de miedo. Horrible. El primer hombre que me tocó era alto y acuerpado,

pero muy buena gente. Cuando notó mi timidez me dijo que más bien no me metiera a eso y cuando me vio llorando me pagó sin tocarme. Pero después rompí el miedo y vinieron otros hombres, y luego otros, y me acostumbré a ellos. A veces le dan a uno diez, quince, veinte mil pesos. Vi que era fácil. Un día me convidaron ya para el Llano, me dijeron que aquí había plata. Acepté. Las patronas de Tauramena mandan peladas a traer más peladas y yo me monté en el bus. Y aquí estoy, logrando lo que me he propuesto: buscarle un futuro a mi hija y conseguir algo que ella pueda decir "me lo dejó mi mamá".

Aquí un hombre con otro deja entre treinta y cincuenta mil pesos, aunque esa plata no era toda para nosotras. Hay que pagar la pieza. En esa casa la mayoría de las muchachas son costeñas y los hombres vienen de todo lado. A unos les gusta la salsa y a otros el vallenato; unos son soldadores y otros son esmeriladores. Los que mejor pagan son los soldadores, porque son los que más ganan. ¡Y mi mamá que cree que yo ando por los pueblos vendiendo mercancía!

A veces le salen a una hombres con cosas raras: por ejemplo nos proponen matrimonio. Una a todos les pilla lo que quieren. Esperando a que ellos se desarrollen se entienden muchas cosas. Sólo son diez minutos, pero ese tiempo es un jueguito para mirar a los hombres. Como una no siente nada, puede mirarlos. De todas formas, yo tomo mis medidas y todo hombre que se me arrime tiene que encondonarse. El condón es un derecho que hemos ganado las mujeres y es motivo para rechazar a un hombre si no lo usa o no lo sabe usar. En mi caso yo no acepto ninguno sin preservativos.

En este oficio tiene una sus ratos amargos, como también sus ratos alegres. Los amargos son cuando una tiene que ir con ellos. Eso es lo más amargo. Los ratos alegres son las compañeras. Somos muy unidas.

A veces nos vamos para los caños a pasear y a reírnos, a contarnos todo lo que nos pasa con los varones.

Las compañeras son lo más importante en una vida de éstas. Sin embargo, no se debe perder nunca la meta que una se fijó. Si en un año no se sale adelante y se dejan pasar tres o cuatro, se va la juventud y ya sin ella una echa a ser esclava de ellos. Otro peligro

para la meta es enamorarse, porque una se entrega y entonces cae en manos del tipo y pierde libertad. Fue lo que me pasó con mi esposo, mi primer hombre. Tanto él como yo éramos muy jóvenes y los jóvenes son locos. Él tomaba mucho. Vivíamos y trabajábamos en un depósito de basura y él bebía mientras yo me mataba seleccionando desperdicios. Yo estaba embarazada y no era justo, y para empeorar las cosas, ya un día me había tratado mal. Yo hablé con mi papá y él me dijo que me fuera para la casa y que me ayudaba a separarme. Así fue. Pero a la larga mi esposo me ha hecho falta, porque luchar sola es muy duro y porque a la niña le falta también su papá. Un niño debe crecer al lado de su padre: debe tener su padre y su madre. Eso me da duro. Yo sigo enamorada de él y no he podido dejar de mirar por entre sus ojos.

Hay hombres con los que me gusta dialogar y estar a su lado mas no porque sienta algo por ellos. En estos sitios una como que pierde el sentimiento, como que no siente nada en el corazón, aunque conozco peladas que se han enamorado. En este oficio, como en cualquier otro, se da más que todo la rutina. Como todas tenemos que estar a las siete de la noche fuera de las piezas, en el salón, uno debe comenzar a moverse temprano. A las cinco comemos, después nos bañamos y a las seis estamos peinándonos, pintándonos, poniéndonos, como dicen, la máscara del engaño. Porque uno de noche canta y de día espanta. Hay que trabajar mucho el labial, el delineador, la pestañina, las sombras. Los colores atraen a los hombres como la luz a las polillas. Casi todas usamos minifalda, chores, y chicles. Hay peladas que trabajan con ropa fina. En mi caso yo uso ropa corriente, por que nada se saca con mostrar lo mejor. ¡Que se queden con la tentación!

A las ocho de la noche van llegando los clientes, y ahí llega también la rutina. Unos lo conocen a una, otros son nuevos; unos son bastos y otros temerosos; unos son generosos y otros tacaños. Hay que tirar mucha sicología para que a una le vaya bien y no le pase nada. Vienen obreros y empleados. Los patrones mandan por delante a hacer el negocio a sus obreros, ya que no les gusta dar la cara y prefieren llegar directo a la cama.

Los propios de Tauramena, los que son llaneros vienen de la sabana. Se conocen porque son buena gente y no han sido civilizados. No engañan. Con ellos da pesar, pero la regla es la misma para todos; sacarlos rápido de encima, ligerito. Yo digo que ellos están sacándole a una la plata y si una se pone a darles tiempo y se detiene a hablar con ellos un rato, entonces es cuando empiezan a utilizarla a una, a retirarla, como se dice groseramente. Al menos yo los trato bien, porque ellos son los clientes y están pagando un servicio, pero si me tratan feo se van y no vuelven. Una tampoco puede ser cariñosa con ellos. Nada de decirles mi amor y esas palabras, porque entonces se creen con derecho, se quedan toda la noche en la pieza y no quieren volver a salir ni con la luz. Hay otros que buscan enamorarla a una para no pagarle, para que una les rebaje o los pase gratis. Una vino a lo que vino y los varones deben hacer lo mismo. A veces es duro, porque se alcanza a ver que hay unos buenos que buscan de veras quién los quiera, pero la única manera como una puede quedarse con un hombre toda la noche es en la mesa, haciéndolo gustar.

Mi meta es terminar mi casa para vivir con mi niña. Eso me vale un millón y medio. Una sólo se los puede conseguir en este oficio y, como le digo, sin perder tiempo en amores. Aquí no hay descanso. Se trabaja toda la semana. De lunes a domingo. Sábado y domingo son los días de cosecha. Llegan hombres como arroz. Una vive encerrada sin salir, así por fuera pasen muchas cosas. Aquí adentro llega todo lo de afuera. Sólo salgo el martes por la mañana para ir al control médico, para renovar el sello del carnet y para pasar a la policía a mostrarlo. Cada semana es obligatorio ir al hospital, pagar mil pesos por el frotis y después hacer cola en el despacho de la policía para entregarle la hoja donde se dice que una está bien y que puede trabajar. Lleva la fecha, y si una está sana, la firma de la monja que hace el control.

Ella nos da consejos. Me gusta oír a la monja porque dice siempre cosas verdaderas. Ya no me da pena que una monja me mire mis pecados, aunque aquí todo mundo sabe en qué trabajamos como si lleváramos un letrero en la frente. En la policía hay que aguantar que nos toquen y nos digan porquerías. Los polochos no tienen boca sino para eso. Y si una pelada no tiene el carnet, se la llevan y la meten veinticuatro horas presa. Total sin carnet no se puede salir al pueblo.

Ahora estoy mirando esta vida. A veces me pregunto qué habré hecho para merecerla. Sin embargo, después vuelvo y pienso: estoy bien, tengo que esforzarme, aguantarme; ya poco me falta para salir de la olla. A veces conseguirse los cien mil diarios no cuesta trabajo, aunque hay días que amanece una con el genio rebotado y de sólo pensar en los hombres da moridera. Ahí es cuando el trabajo cuesta, y eso que yo no soy una cualquiera. Lo máximo que voy a la pieza son cinco o seis veces por noche. No es que no pueda: es que no me gusta, no me nace. Una tampoco debe esforzarse tanto. Hay otras que van las quince veces, las veinte veces. Una no debe ser así como tan... mejor dicho, no debe exagerar la nota, porque al final ya no siente nada: cero. Una sale y se baña y queda otra vez normal. No hay dolor ni nada de eso. Hay veces que toca hacerlo con el mismo hombre varias veces, y cada vez tiene que pagar, así no pueda hacer nada. Aquí sí que el tiempo es oro: una espera diez o quince minutos a que el tipo se desarrolle y se calme, y si no puede en este tiempo pues no es culpa de la mujer. Entonces una cumple; el que no cumple es el otro, y por eso paga.

A ratos es como peluqueando bobos. Los hombres llegan como atolondrados, y en cambio nosotras estamos en lo que estamos. Una llega ubicada, sabe a qué viene. Desde el momento en que a una la contactan en Armenia, en Pereira o en Cali, una ya está lista a llevar esta vida fácil, que no es tan fácil. Sí, más bien es una vida dura.

Yo hago todo por Yésica Alexandra. Ella algún día sabrá todo y creo que me va a perdonar; no le guardaré secretos, porque mi sacrificio no es para nadie más que para ella. Estar con un hombre sin sentir nada es un sacrificio, un pecado muy grande. Yo cuando voy para la pieza me echo la bendición y pido a las almas benditas que el cliente salga rápido. No soy devota de la virgen porque me da pena. Trato de olvidarme de la persona que está conmigo y miro hacia los lados para no verle la cara. Si me hablan no contesto. Si me preguntan digo que sí porque casi siempre preguntan que si una los quiere. Toca fingir para que los hombres se vengán rápido. Sería mejor hacerlo por amor, pero eso es imposible.

* Entrevista de Marta Orjuela

Nací en Ibagué, de familia medio baja o algo menos, y viví ahí hasta la edad de ocho años, cuando mis padres se separaron. Mi hermana se fue con mi mamá, mi hermano con mi papá, y a mí me tocó con mi abuelo. Con él crecí. Lo que soy se lo aprendí. El estudio que tengo, él me lo dio. En su casa yo era el chacho. Hice hasta cuarto de bachillerato y después dos cursos en el Sena, donde conseguí un certificado en soldaduras especiales y otro en procedimiento de bases.

La primera vez que salí de mi casa fue en el año 85, a trabajar en el oleoducto Villavicencio-El Porvenir. Entonces tenía veinte años y comencé a mallar, a colgarme de la esperanza. Esa malla fue suave porque yo tenía unos conocidos adentro y además una familia amiga me daba comida y cama. Por eso no fue tan duro. Ahí trabajé dos años.

Después me fui para la Guajira con una empresa de Bogotá. En esa obra trabajé nueve meses. Volví a Ibagué, donde vivían mi esposa y una hija. Allá puse un taller pero no me funcionó, no me dio plata sino deudas, y entonces cerré eso. Volví a la malla dos meses en Alvarado, y otro mes en Saldaña, sede del oleoducto Neiva-La Dorada. Entré de ayudante. Trabajé hasta el kilómetro trescientos; fue un oleoducto que se hizo a millón, super rápido. Trabajé hasta un 31 de enero, día en que a un gringo le pasó un bulldózer por encima y lo destrozó. El gringo era alineador; se descuidó y la máquina lo destruyó. Hasta ese día me contrataron. Volví a intentar con el taller. Pero la caída estaba en que para trabajar me buscaban, pero para pagar me mamaban gallo. Además tenía un socio que sólo aparecía cuando iban a pagar un trabajo. Así no me servía. Aburrido me fui para Coscuez, donde tenía un amigo casado con una señora dueña de un corte de esmeralda. Me hice una platica y me tiré para el montaje de una planta procesadora de asfalto en mi pueblo. Estando en Ibagué me separé de la mujer, que con tanta ausencia mía había conocido a un señor que le lavó el cerebro y la sacó a trabajar. Él es chofer. Ella me dejó el hogar y las hijas tiradas: eso está en la conciencia de ella, no en la mía. Mi conciencia está tranquila y duermo bien de noche. Creo que era mejor que se fuera porque a nadie se puede tener amarrado.

Con dolor y todo me fui para Cali, donde trabajé con varios contratistas. Había mucho trabajo en Cali por lo que sabemos, pero eran trabajos cortos que duraban diez días, quince días. Con un ingeniero trabajé dos meses y medio y luego tuve un tropezón: quería que trabajara el 24 de diciembre. Le dije: "No, señor, yo necesito ir a ver a las hijas y a llevarles regalos", y me fui lleno de paquetes pero me tocó devolverme sin haberlas visto porque la "señora" se había ido con las niñas. Me quedé con los regalos y sin puesto. Volví a la casa de Ibagué. Allá fue que me comentaron sobre el proyecto Cusiana. Bajé aquí y a Tauramena y más demoré en desmontarme del carro que en saber que la doña estaba aquí con el don. Pero eso ya no me hizo mella, porque yo sabía lo que hacía cuando la dejé ir.

En la malla se sufre mucho. Hay días que nacen sin esperanza, otros que se van sin más. Gente que llega enflechada, encarrilada, y va de una para dentro. Otros -los que no tenemos padrino- que nos quedamos como zancudo en telaraña. Yo solicité una prueba para ser admitido como soldador en una empresa contratista: llevo mes y medio, casi dos meses, buscando una oportunidad para

mostrar mis capacidades y mi experiencia. Quizás lo que en el fondo pasa es que no le sirvo al ingeniero. Ya hablé con un supervisor a ver si me dejan entrar de ayudante, o de esmerilador. Sólo para encarrilarme. Después veré qué hago. La soldadura es un vicio que uno coge. Es agradecida y a veces hasta deja con qué vivir. La compañía con la que quiero contratarme tiene los montajes más grandes del país, y por eso quiero trabajar con ella y cotizarme ahí como soldador. Allá hay soldadores que han estado en Arabia Saudita, en Arauca y en hidroeléctricas grandísimas. En una empresa pequeña uno se siente desperdiciado y además se empobrece. Trabaja uno desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche haciendo mantenimiento, soldando lo que sea, y la quincena sale apenas por ciento veinte mil pesos. Si uno paga un arriendo de setenta mil pesos y un mercado de cuarenta mil, le quedan diez mil para sacar a la familia a pasear. Entonces uno tiene que trabajar domingos -porque los dominicales son los que arreglan el sueldo-, y si no se trabajan hay descuadres en la casa. El progreso de uno en una empresa pequeña es muy lento, muy lento.

Yo fui haciendo la casa a lo pobre, poco a poco. Por ejemplo: el televisor lo saqué cuando trabajaba en Neiva; la nevera la saqué con el trabajo de la Guajira; el juego de sala y el juego de comedor, los saqué con el trabajo de Ibagué; la herramienta que tengo es del proyecto Saldaña. Con la liquidación se compra algo para la casa, porque lo del mes es para comer. Así que si hay gastos extras, uno se jode porque no tiene nada ahorrado.

En Tauramena no está rigiendo la convención de Ecopetrol. Dicen que va a empezar y la estamos esperando, ya que los sueldos son mejorcitos. A uno como trabajador temporal le sirven los cuatrocientos cincuenta quincenales -en un año coge uno base-, y además tiene garantías. Hoy día no nos cobija ninguna. Si uno logra entrar pero le cae mal al supervisor, "adiós Helena que en el Frente espero". Toca irse. Uno no es monedita de oro. Pero si a uno lo cubre una convención, se evitan muchas arbitrariedades. Por ejemplo, yo tengo amigos que llevan ahí siete meses y no han ahorrado ni diez pesos porque todo se lo tienen que gastar. A un conocido mío que trabajó ocho meses, lo echaron de una compañía contratista, no pudo ahorrar y ahora está llevado. Tengo amigos que luchan por entrar a trabajar, que mallan, que chillan, que hablan con uno y otro y nada. De nada sirve el que "mire, ingeniero, que mire, que vea, que por aquí, por allá". Nada. El que no tiene padrinos no se bautiza. Los malleros viejos, los malleros que llevamos por ahí dos meses sin enganche, es porque no tenemos conocidos adentro.

Pero no importa. Yo estoy dispuesto a aguantar hasta donde sea porque tengo los pies puestos sobre esta tierra. Tengo mis proyectos y sé para dónde voy; tengo mis metas y sé lo que quiero hacer. Si entro como ayudante, como esmerilador o como sea, sé que al paso de uno o dos meses me dan el cargo de soldador, porque soy bueno y lo puedo probar. Yo busco cotizarme, y si no es ahora, el día llegará, porque lo que sé nadie me lo quita. Tengo un amigo que se volvió soldador y en cinco años ha hecho lo que muchos soldadores hacen en quince años o más trabajando pegados a un tubo. El ya tiene una casa muy bonita, amoblada, es propietario de un taxi y anda en un campero. ¡Eso es mucho hacer en cinco años! Tengo conocidos que llevan pocos meses trabajando y han dejado más de dos millones de pesos donde las niñas malas. Como reciben la plata, así se la tiran. Hay otros que son más pilos y están ahorrando para cuando llegue la época fría. El gran problema de los montajes es que son ocasionales. Pero aun así, si uno sabe trabajar, progresa. Yo ahora le estoy apuntando a una casa propia. Esa es la meta mía. Para mí es primordial conseguirme una casa y hacer otra familia. Con casa, las mujeres llegan. Después pienso montar un negocio e independizarme. De pronto ensayar otra vez con un taller. Hay gente que tiene la suerte adelante; otros la tenemos atrás, pero la cuestión es hacer la lucha. Yo digo que todos cargamos una cruz, unos más grande y otros más pequeña, pero todos llevamos una cruz.

Cuando llegué a Tauramena y pedí una gaseosa, me cobraron doscientos cincuenta pesos y sólo tenía cincuenta. Pedí entonces una caja de chicles, haciéndome el equivocado. El primer día conseguí amigos que me dieron la dormida, y aunque me ha tocado rebuscarme, la gente, así no lo conozca a uno, no lo deja solo. Eso es lo bonito de ser pobre. Por las mañanas me levanto con

la moral en alto y pensando en que ese día sí me van a llamar, o en que alguien me va a ayudar, pero por la tarde se marchitan los sueños. Yo digo que Cusiana debe ser para la gente que nunca ve plata, para la gente del pueblo. Yo viví aquí hace nueve años, y las cosas han cambiado mucho. Cusiana es una Disnelandia, pero pocos llegan a darle la mano al Miquemausa. A medida que pasa el tiempo las cosas se ven más claras: Cusiana es un círculo vicioso del que la gente no sale. Todo el mundo habla de la bonanza, pero si la bonanza no la está viviendo el pueblo, ¿entonces para quién es? Así como estamos el comerciante es el único que la prueba y se la lleva; el oportunista es el único que la vive y la goza. El que llega con los chorizos, con las arepas, con los buñuelos, con el licor, ese es el que realmente se carga la bonanza. Pero la otra cara de la bonanza que no se conoce es la que uno sufre. Cusiana es también el obrero enfermo que tiene que ir con fiebre al taladro; es la culicagadita de quince años enamorada del ingeniero; es el muchacho aporreado por una tractomula que se está muriendo en el hospital. Es el ingeniero que mató un tubo; es el lamento de la gente que no consigue trabajo; es el giro que se manda a la mujer todos los meses para que no le haga falta nada, aunque un día uno llegue a la casa y encuentre la ropa colgando de una puntilla porque la doña se fue con otro man. Aquí, al otro lado de la bonanza, se vive de sueños y se oye el lamento de todos.

La mitad de los malleros han sido abandonados una o dos veces por su mujer, y es por eso que muchos tienen dos mujeres. Unos llegan y no encuentran sino los hijos; otros cuando regresan se pellizcan que la mujer ha empeñado todo lo que uno ha hecho en el año, y se ha dado el ancho con otro. ¿Que por qué pasa eso? Porque la soledad hace mella, y porque nosotros los hombres, somos todos muy cobardes y muy oportunistas. Uno ve que el marido de fulana se va por allá a trabajar y entonces se le acerca uno a la mujer a caimaniarla: "que vecina, que está muy sola". Si a uno se la hacen, uno la hace también. Tengo muchos amigos que han cogido una liquidación y unos ahorros, han llegado a la casa y han encontrado cuentos de la mujer. Entonces la echan y todo lo que han trabajado en uno o dos años se lo beben en tres meses.

Hay otras historias. Conozco un samario que lleva cinco meses en Aguazul y no ha conseguido nada, pero tiene una deuda de quinientos mil pesos y no sabe cómo cubrirla. No se va porque quiere pagar sin policía, y no sabe qué hacer porque si se queda, la deuda sigue aumentando. Conozco también a un mallero a quien le tocó ir al hospital a que le aplicaran suero de lo débil que estaba. Él no sabe pedir comida, y cuando traen almuerzo a la malla, mira para otro lado y se retira. Sucede que los que van al casino y se acuerdan de nosotros los de afuera, nos traen almuerzo. Ellos comparten la comida con nosotros porque no pueden pedir dos golpes. De lo que les sirven en el casino apartan un poco para nosotros los malleros. Sacan un poco para ellos y el resto para uno. Pero pasa también que el problema de los que están trabajando allá no es el problema de los que estamos aquí afuera. Hay quienes cuando están aquí en la malla son muy amigos de uno, se ríen y recochan, pero una vez que logran entrar a trabajar no vuelven a mirar a nadie y hasta se ponen bravos si uno les habla. Uno pregunta: ¿y por qué estarán bravos?

En la malla se conoce la humanidad. Un compañero mío llegó aquí con trescientos cincuenta mil pesos y lleva dos meses sin recibir nada. Cada quincena le toca abrirle un hueco más a la correa. Aquí se trata de ahorrar lo que más se pueda, pero a uno sin plata en el bolsillo le da más sed y más hambre y termina antojándose de todo. Aquí ayudan mucho los que están trabajando y a veces hasta le prestan a uno los quince o los veinte mil pesos, préstamos que aquí llamamos "vacunas". Hay casos en que toca hacer teletones con el fin de juntar la plata que alguien necesita para devolverse para la casa. Porque después de siete meses sin trabajo uno ya está loco, y alguien se le acerca y le dice: " para la casa, mijo, busque en otro lado: vaya a pescar en otro charco."

Unos tejen la malla, otros ya la traen tejida. Mallar es saber esperar a que lo llamen a uno, es saber estar pegado a un poste de cemento contándole secretos. Aquí no salen los ingenieros casi, y entonces uno no se los puede charlar. Por eso es tan difícil esta malla. Pasar de la puerta para adentro es un camello, ¡un camello de tres jorobas! En las otras mallas es más fácil porque los

ingenieros salen de la oficina y uno los franquea: "hubo, ingeniero, qué tal?" Ahí uno los engarza. Dicen por ahí que van a prohibir la malla, que no debe haber malleros, que los malleros no tienen por qué estar aquí. Si es verdad, las cosas se pueden poner crueles porque nosotros, los que no tenemos trabajo, ¿qué vamos a hacer? Uno en la malla por lo menos se entretiene soñando, charla con los otros, hace amista des: que mire que en tal parte va a empezar tal taladro, que en tal otra va a empezar tal oleoducto. Uno se entretiene fumando cigarrillo y tomando tinto. La esperanza es lo último que se pierde. Es muy triste volver a la casa peor de lo que se vino y m si uno se vino con plata y vuelve pelado. Uno de careconcha otra vez al lado del papá, o de la tía, es muy duro. Uno ya no está para esos trotes. Ya está muy vejito para que lo mantengan.

Ahora bien, yo aquí en esta malla tengo la cosa medio hablada y va jugando. Si me voy para otro lado tengo que empezar a rodar otra. A veces me siento vencido, pero sé que todas las mallas son iguales. Ponerme a mallar en Bogotá o irme para Yopal, o para cualquier otro lado, así sea a trabajar en un taller, es difícil porque mientras vuelvo y cojo peso y calorcito pasa mucho tiempo. Mientras uno esté aquí -así se le vayan hundiendo los ojos y empiece a ponerse pálido y achantado-, uno sabe que algún día la malla se abre.

La cabeza es un matador de vida. Tengo muchos amigos que no duermen. Llegan aquí y uno les pregunta: "¿Usted estuvo trasnochando anoche?" "No, pensando", contestan. Orlando, un amigo, tiene la mujer enferma y no ha podido conseguir trabajo. Uno lo pilla andando y pensando, se le mira desesperado; uno lo anima, pero él nada. El "Chamo" hace dos meses y medio que no le manda un peso a la mujer. La llama y es para tristeza. Sin embargo, ¿para qué devolverse a la casa? ¿Para verla sufrir? Más bien se queda uno aquí. Ojos que no ven corazón que no siente. La mayoría no se devuelve porque empeñó la nevera, o empeñó el televisor por venirse a buscar trabajo, ¿y cómo van a llegar sin nada? Puede que vayan y trabajen con el salario mínimo, pero con eso no recuperan lo perdido.

Aquí no hay límite de aguante. El límite es que le digan a uno: "Usted no puede trabajar aquí". Pero aun así uno piensa que de pronto sale un ingeniero y lo contrata, como ha pasado algunas veces. Conozco a varios amigos míos que han coronado a última hora, cuando ya casi habían perdido la ilusión, y debo añadir que no pocos se volvieron soberbios y ahora se la pasan bebiendo todos los días. Me pasó un caso reciente con un compañero a quien le dije que yo no bebía, que sólo tomaba gaseosa. Entonces me contestó: "Si no toma cerveza, hijueputa, no tome nada". Me paré y me salí. Uno lo que necesita no es que lo emborrachen, sino que al menos le digan "tome para un almuerzo". Hay otros que lo ven a uno bien mal y le dicen "vea, camine vámonos para el chongo y le pago la que escoja". Pero uno bien aburrido, ¿qué le va a sacar gusto a una mujer?

Es que con hambre pasan cosas. El otro día una señora me invitó a trabajar en su finca. Yo le respondí que si era que estaba haciendo un oleoducto, porque yo ni siquiera sabía ordeñar una vaca. Yo sé dormir en el parque, pero no sé parar una cerca, y cuando a uno el mundo se le va volviendo un pañuelito se jode. Por ejemplo yo soy malo para el cemento; sé que no sirvo para pegar ladrillos. Nunca lo he hecho en mi vida. A veces sale oficio para abrir un hueco, pero uno no se le mide porque ese día es cuando viene el ingeniero a conseguir gente para la malla. Entonces uno no se despega. Realmente cada uno tiene su oficio, su arte, ¿y para qué se va a meter uno en lo que no sabe?

Yo tengo flecha con unos soldadores amigos que están adentro, y espero que de pronto me ayuden.

Si no puedo entrar como soldador profesional que soy, al menos que entre como ayudante. Esta malla ha estado tan brava que hasta los ingenieros mallan. ¿Ingenieros mallando? ¿Soldadores que mallan más de un mes aquí? Algún soldador entró, lo rajaron y le dieron repechaje. Volvió y entró y coronó, porque repito, en soldadura no hay nada escrito, aunque si alguien quiere mallar de soldador debe saber que apenas son cinco minutos para el examen. Hay que contar con dos

minutos de suerte para que el pulso no se le vare uno, para que la máquina no le cambie de voltaje. Son muchas las cosas que influyen en un examen. Cuenta la confianza en uno mismo; uno no puede ponerse a temblar allá adentro como si tuviera una maraca en la mano. Hay mallas muy duras, como la de Saldaña, donde mallé durante cuatro meses. Es la malla más dura que yo he conocido y la zona es prácticamente un desierto. Si aquí en Tauramena hay una caseta para que la gente se escape del sol, allá no hay nada. Hay gente que realmente aguanta hambre mirando para adentro. Aquí no se aguanta hambre. El que aguante aquí es porque es pendejo, ya que aunque sea en el taladro se consigue. En los taladros hay mucha gente que va por la mañana y consigue su repelo, que es lo que queda después de servir a todo el mundo. Hay matapatos que son muy conscientes y lo dejan entrar al repele, y para comer en la noche uno busca al fiado y luego paga con lo que dan de vacuna el día de la quincena. Aunque no faltan las caspas, hay gente muy noble en este pueblo. Como la señora del restaurante que da la comida por mil pesos y le carga a uno la manito porque sabe que uno está esperando. O sea que realmente el que no aguante aquí es porque le falta vivir, o porque no sabe de palos de mango o de guayaba. Con un mango verde uno tumba diez maduros y vénganos en tu reino; un banquete de mango. Vamos y cogemos dos o tres docenas y decimos "muchachos, aquí vienen las medias nueves: ¡mango vendido!" ¿Pero que uno se vaya a morir de hambre aquí? No, ni manco y mudo que fuera.

La mitad de los malleros son nuevos. La otra mitad son viejos. A veces nos reunimos tantos que uno no se siente solo, y cuando alguien se enferma los demás ayudan de buena voluntad. Por ejemplo, ayer un moreno, el Niche, estaba para el taladro tumbado de fiebre y alguien se acercó y le dijo: "Camíne le pedimos cita al médico". El compañero le informó al galeno que el Niche estaba friquis mortis calavera y sin cinco en el bolsillo. El doctor le hizo sacar la lengua y le dijo que tenía diarrea de tanto ir a tomar agua allá al Cusiana. "La próxima vez échele candela al río", parece que le aconsejó al hombre. El caso es que el Niche ya anda bien, ya no camina con palo de rey y hoy amaneció con otra cara. O por ejemplo un domingo. Los domingos la pasamos bien. Yo tengo mil pesos, el otro mil, el otro quinientos y el otro dos mil. Bueno, pues hacemos una vaca, compramos menudencias, le prestamos una olla a una vecina y nos vamos para el río a bañarnos, a hacer el almuercito y a soliviantar las penas.

Yo tengo otra mujer y un niño, ¿pero para qué la llamo? ¿Para decirle que estoy sin trabajo y que no tengo nada? Debo el arriendo, debo la comida, pero algún día salgo de las deudas. Todos tenemos penas y alegrías. Dios sabe que uno no está solo y que mallas es lo que hay en este país. Aquí y en Monterrey hay malla; en Paratebueno hay malla; en Barrancabermeja hay malla; en Santa Marta hay malla; en Aracataca, en La Loma, en La Miel hay mallas. Y donde hay mallas hay malleros. Porque la malla es todo un mundo. Los malleros oyen vallenatos y tangos, salsa y rock. La malla acaba con la idiosincrasia de la gente. Ahora el Llano ya no es el llano. Ahora es costeño, paisa, tolimense, santandereano y de muchas otras partes. Usted encuentra aquí a un man de Mariquita, Tolima, junto a un man de Cúcuta o de Pasto. De donde usted quiera. Grite no más " y por ahí salta uno. Y eso sin hablar de los soldados argentinos, chilenos, ecuatorianos, peruanos. No es por hablar mal del Llano, pero el llanero no es buen soldador porque este arte es para ellos nuevo. Ellos nunca han vivido de esto. En cambio nosotros nos mantenemos detrás del rabo del tubo, pegados a la voz del tubo. En Bogotá, para poner un ejemplo, en el bar El Sinfónico, se sabe cuándo autorizan un oleoducto a la media hora. Es la voz del tubo. Medio Sinfónico sabe y después se riega ya por todo lado. Allá se toma tinto, se fuma cigarrillo y se entera uno de las chivas: dónde se va a trabajar, qué empresa tiene el trabajador, cuántos kilómetros, cuántos obreros se necesitan. En Ibagué la voz del tubo se llama La Plaza; en Pereira Los Titanios; en Barranca La Libertad; en Neiva El Real. En esos cafés se riega el chisme. Miren, en tal parte hay tal proyecto, y los que no tienen nada que hacer puyan el burro y se van a tirar malla. El que realmente está necesitando el trabajo oye la voz del tubo.

Aquí en Tauramena es distinto, y la cosa se puede poner fea porque la malla no se está moviendo. Hay una lista larga de soldados que llevamos cinco meses y nada. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es que están contratando en Bogotá directamente sin ver que aquí hay gente con necesidad? Aquí no

estamos por deporte sino por necesidad. La gente que hay aquí tiene experiencia y ganas. Los que estamos no somos cualquiera, y últimamente hemos visto llegar veinte, cincuenta hombres derecho para adentro. ¿Para dónde van? A trabajar en tal parte. ¿Y los que estamos aquí, los que hemos aguantado hambre? Mucha gente cree que los malleros somos personas sin calificación, pero no. Realmente aquí se encuentra gente con mucha capacidad, que sabe trabajar, con mucha experiencia, estudiada en el Sena, bachilleres técnicos, inclusive estudiantes con cuatro o cinco semestres de ingeniería. El punto, no obstante, es el siguiente: si el que está adentro trae a su hermano, a su primo y al cuñado y les consigue trabajo, no hay manera de competir y de demostrar lo que sabemos los que estamos afuera. Yo no critico la rosca ni critico a las compañías porque creo que todos hacemos lo mismo: escogemos a fulano, zutano y perencejo, que son los que conocemos. Sin embargo, también hay que tener en cuenta a los que mallamos. Lo mejor sería que la compañía hiciera un censo diario del personal que se encuentra en la malla y que lo llamara de acuerdo al tiempo de espera que se lleva y al cargo que necesita. Esta malla es distinta de las demás porque aquí no se puede hablar con los ingenieros, con los supervisores, y así no se les puede contar lo que pasa. Todos tenemos historias qué contar. Todos podemos dar una explicación. Yo tengo el proyecto de que si no sale nada aquí, me voy para Urrá, a Tierralta, a Montería, a una hidroeléctrica. Creo que es más fácil porque el tornero, el fresador y el mecánico de mantenimiento están más a la orden que aquí. Pero si no resulta el cuento, pego para Coveñas, o para Barrancabermeja, por que si me voy para la fábrica de cerveza Leona vuelvo y caigo en el problema de un montaje pequeño.

Entonces yo lo que necesito es entrar a una finca grande para irme cotizando. A las compañías les decimos fincas. Cuando una finca es mala decimos que es una finca sin agua, sin luz y sin teléfono. Mucha gente se viene con la idea de que aquí en Cusiana se gana buena plata y después llega y se estrella contra la vida. Llega uno al pueblo y, si está corto de billete, le toca dormir al destapado; si tiene hamaca la cuelga y duerme en cualquier parte, y al otro día a la quebrada a bañarse las muelas. Luego sale a buscar trabajo a la malla y topa con un poco de gente que busca tanto como uno. Porque los contratistas mangonean el trabajo y casi siempre la van más con la gente de la región que con la gente de afuera, como si los de afuera no fuéramos también colombianos, como si esto quedara en otro país, fuera otro horizonte. Al principio pedían carta de residencia con tres firmas de personas de la región, y como uno no conocía a nadie tocaba chiviarlas. Muchos nos vendían la firma, aunque la gente aquí es un poco antipática con los extranjeros.

No nos hablan como a todos, son algo misteriosos. Juran que somos ladrones, viciosos, que venimos a embarazar a las peladas y a dejarlas. Las sardinas del pueblo dicen que el mallero viene, caimanea, preña a las señoras, y que por eso las muchachas no les paran bolas sino a los puros ingenieros. La verdad es que son ellos los que las preñan y después nos echan la culpa a nosotros los malleros.

¿Y qué hace uno? ¿Se va para otra parte, para Barranquilla o para Cali? ¡Qué va! Una de las plazas más malas hoy en día es Cali. Está perrateada. Allá quieren a un tipo capacitado y con varios años de experiencia para pagarle apenas ciento sesenta mil pesos. No sirve. En Cali abre uno el periódico y encuentra que se necesita un soldador que sepa mecánica, maneje torno y tenga conocimiento de contabilidad. Pasa uno a la otra página y encuentra que se necesita abogado con bicicleta y referencias. ¿Y cuánto van a ganar? El básico más la comisión. La comisión es andar todo el día de arriba para abajo vendiendo ollas y sartenes. Así está la cosa, y encima nos piden más estudios. ¿Para qué? Para regalarles el trabajo. Para regalarles la plata que uno gasta en capacitarse.

La vida por acá es mejor que en la ciudad. En la ciudad no hay ni repelo. Una ciudad es muy triste. Un mínimo que no alcanza para nada, una congestión la verraca, unas caminatas interminables para llegar al trabajo y el embolate general. Aquí todo es menos complicado. Si en un mes uno coronó pues bien, coronó. Un mallero es un simple man que está buscando trabajo y que no viene

con problemas de guerrilla ni nada; el mallero es un aventurero, un man al que le gusta andar, ir de travesía. Le gusta la travesía porque es travieso, andariego. Es un don que sabe sentir esta vida. A uno le gusta eso de llegar a conseguir empleo, a formar un nuevo ambiente, a conocer otra gente y, sobre todo, a escaparse de la violencia. Sí, porque mucha gente viene de partes muy pobres donde la violencia es el pan diario o viene huyendo del hogar y llega con la idea de amañarse en otro parche.

He conocido gente a la que le ha ido bien. Logró hacer su plata. Ese es el juego. En Arauca, al principio había bastante plata y con los proyectos petroleros la gente se ilusionó y olvidó la agricultura. Las ganaderías iban escaseando porque a todo el mundo le dio por buscar suerte en las petroleras, y la verdad es que los que hicieron dinero eran de afuera, los que se establecieron con negocios y, sobre todo, con negocios de prostitución. La bonanza y la prosperidad son siempre para los negociantes. Una señora de Tauramena me contó que antes, cuando el Llano todavía era llano, una piecita valía ocho mil pesos al mes, pero se organizó la vaina con el petróleo y ahí mismo subieron los arriendos. A todo le subieron. Llegaba otro mallero que estaba trabajando y le ofrecía diez mil, y sacaban al primero a la calle. Ha habido gente de afuera que toma las casas en arriendo y las subarrienda. Eso es lo que está pasando. Un caso curioso que se me presentó hace dos años en Trinidad: llegué común y corriente, vestido de paisano a almorzar en un restaurante, y pregunté cuánto valía el almuerzo. Me contestaron: vale mil pesos. Bueno, a los tres días volví ya con mi casco petrolero y me cobraron dos mil quinientos por el mismo almuerzo. A la persona que ha trabajado en petróleo le toca quitarse el casco y las botas para que no lo distinguan. Si saben que uno es petrolero, tiran a quitarle la plata.

Uno se cansa más aquí en la malla que trabajando. La tensión es muy verraca esperando. Sobre todo porque se camina mucho. Uno vive pensando en la mujer, en los niños y en toda la familia. Se duerme mal, se come mal. Uno está haciendo algo así como una prueba de resistencia porque sabe que es mejor caer en gracia que ser gracioso. En resumidas cuentas, haciendo corto el cuento largo, digo yo que estoy atado. Me siento amarrado, unido a algo que no sé ver qué es. Pero sé que está conmigo, que me acompaña. Lo siento al respirar. Es la sensación de que algo bueno va a llegar a mi vida. Quizás los problemas se vayan y vuelvan otros nuevos, sí, pero entonces serán distintos. Uno no resuelve los problemas, uno cambia de problemas.

* Sobre una idea de Ruth María Hurtado

La historia no es algo que ya pasó y, sobre todo, que ya les pasó a hombres notables y célebres. Es mucho más. Es lo que le sucede al pueblo común y corriente todos los días, desde que se levanta lleno de ilusiones hasta que cae rendido en la noche sin esperanzas. No se necesitan documentos acartonados y descoloridos por el tiempo para convertir un hecho en histórico; la historia no se refugia en las notarías ni en los juzgados, ni siquiera en los periódicos. La historia es una voz llena de timbres y de acentos de gente anónima.

Los relatos y testimonios que componen *[Del Llano llano]* aspiran a contar lo que la gente sin historia vive y sufre en un hoy que se está transformando a toda carrera. El llano de la soga de crin de caballo, de los caminos ganaderos y de la Virgen de Manare fue desbordado por un mundo sin una identidad distinta a la representada por el consumo.

Con el oportuno apoyo de la Asociación Santiago de La Atalayas se recogieron mediante la organización de un concurso de historia oral, abierto a todos, numerosos testimonios sobre la vida de la gente. De aquí salieron los relatos *[Del Llano llano]*, que es en el fondo un producto colectivo

en el que participaron los animadores del evento y, sobre todo, los concursantes con sus testimonios.

Reitero mis vivos agradecimientos a la Asociación Santiago de las Atalayas por el apoyo económico y moral para llevar a cabo el trabajo. Quiero hacer un reconocimiento muy especial a Alonso Ortiz, a Fanny Umaña, Ivonne Castro y a Mariana Jiménez, que han logrado ir construyendo con valor una manera distinta de mirar las comunidades.

También a Héctor Publio Pérez, Zara Sucen Martínez, a Martín Javier Plazas, José Luis Merisalde, Víctor Hugo Madero, Luis Emilio Patarroyo y Orfelina de Patarroyo, Julio Silva y Marta Cortés, del Centro de Historia del Casanare; y a Constanza Chacón, Marta Orjuela, Mariana Escobar, Myriam Parra y Bernardo Suárez de CORPOS.

Por último, a María Constanza Ramírez, compañera de caminos, con quien nos metimos en esta otra historia, a ella también pertenece */Del Llano llano*.

Alfredo Molano